

Ilustracion

Artística



AÑO XXV

← BARCELONA 10 DE DICIEMBRE DE 1906 →

Núm. 1.302

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ORGULLO, cuadro de F. Zmurko

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el quinto y último tomo de la serie del presente año que será

TÚ ERES LA PAZ,

novela de costumbres contemporáneas, escrita por el notable literato D. Eusebio Martínez Sierra, ilustrada por el reputado artista Carlos Vázquez.

El nombre del Sr. Martínez Sierra, bien conocido en el mundo de las letras, nos releva de hacer el elogio de su obra, bella bajo todos conceptos y en extremo interesante, que no dudamos será del completo agrado de nuestros subscriptores.



Texto.— *Crónica de teatros*, por Zeda. — *En el umbral de la vida*, por Noguera Oller. — *Roma. El castillo de Sant-Angelo*. — *La fotografía transmitida por el telégrafo (telefotografía)*. — *Los premios Nobel en 1906*. — *Nuestros grabados artísticos*. — *Miscelánea*, con noticias de *Bellas Artes*, *Espectáculos* y *Necrología*. — *Problema de ajedrez*. — *Corazones de oro*, novela ilustrada (continuación).

Grabados.— *Orgullo*, cuadro de F. Zmurco. — *En el umbral de la vida*, cuadro de E. Normand. — *Frescos de Pierin del Vaga* existentes en el castillo de Sant-Angelo. — *Vistas y reproducciones fotográficas del castillo de Sant-Angelo*. — *El profesor Korn*, de Munich, inventor de la transmisión de las imágenes por telégrafo. — *El mismo retrato reproducido por la telefotografía*. — *Retrato original del príncipe de Babiera* y varias imágenes del mismo reproducidas por la telefotografía. — *El poeta italiano Josué Carducci*; el historiador italiano *Camilo Golgi*, y el químico francés *Enrique Moissan* que han obtenido el premio Nobel en 1906. — *Busto retrato de la infanta María de las Mercedes, princesa de Asturias*, obra del escultor Agustín Querol. — *Felipe V de España*, retrato pintado por Jacinto Rigaud. — *París. El famoso escultor Rodin, tomando croquis de un grupo de bailarinas asiáticas*. — *D. Pedro Monti*, nuevo presidente de la República de Chile. — *Río Janeiro. Nuevo teatro municipal de la Ópera, actualmente en construcción*. — *París. Fachada principal del gran Palacio de la Exposición automovilista de 1906*.

CRÓNICA DE TEATROS

Si yo tuviera autoridad para dar consejos, diría á las jóvenes casaderas: «Haced la cruz como al diablo á los artistas; no os fiéis de sus acaramelados madrigales; cuando ellos traten de ponderaros su amor con lindas imágenes, poneos tapones de algodón en los oídos; si os piden vuestra blanca mano, antes que entregársela haced con ella lo que dicen que hizo con la suya Mucio Scevola. Mejor es quedarse manca que pasar toda una vida de inquietudes, contrariedades y dolores.»

Para el verdadero artista nada existe en el mundo superior á su arte. A trueco de conquistar los favores de esa deidad engañosa que se llama la Gloria, sacrifica los más caros afectos y las pasiones más hondas. Sus arrebatos amorosos son flor de un día: sus almas, semejantes á los cuerpos buenos conductores del calor, pasan en un abrir y cerrar de ojos del rojo blanco á la temperatura del hielo fundente. Leed la historia de los amores de Lope, de Goethe, de Byron, de Musset, de Heine, de Espronceda... Nadie como ellos ha ensalzado el amor; nadie como ellos tampoco ha desgarrado con tanta crueldad el corazón de sus amantes.

El artista además, aun en sus mayores raptos de momentánea pasión, no puede prescindir de aprovechar para el arte sus más íntimas impresiones. Podéis estar seguras, amables lectoras, si amáis á algún artista, de que vuestras lágrimas, vuestras quejas, vuestros dolores, las reconditeces y delicadezas de vuestro espíritu, saldrán un día á relucir en novelas, poemas y comedias. Musset copió en sus libros cartas enteras de Jorge Sand, y recientemente D'Annunzio ha presentado en *El fuoco* con toda desnudez el alma de Eleonora Duse. ¿Y qué mucho que el artista explote en provecho de su arte el amor, la gratitud, la amistad, si él mismo, como dice Gautier, suele tender su propio espíritu en la mesa de disección?

Si sabiendo todo esto, discretísima lectora, das oídos á las palabras de amor de los artistas, en verdad te digo que tienes la sublime vocación de las mártires.

* *

Ejemplo de lo que acabo de decir es la comedia titulada *Amores de artistas*, original de Joaquín Dicenta y recientemente estrenada en el teatro Español. Allí se nos presenta á una actriz famosa y á un autor aplaudido á quienes el triunfo común une con lazos que ellos consideran de amor. Él, para unirse con la cómica ilustre, rompe con la mujer que le ama de verdad; pero sus nuevos amores, «amores de artistas», llevan en sí mismos el germen de su pronta disolución. Para ella, el verdadero amante, aquel á quien nunca se traiciona, por quien se daría la vida si él la pidiese, es el público; para el poeta, la única, la verdadera pasión, es la gloria. Su unión, por consiguiente, es la suma de dos egoísmos.

En los dos primeros actos el propósito del autor camina directamente á su fin; pero luego en los dos siguientes lo que separa á los dos amantes nada tiene que ver con el arte: es sencillamente que no congenian. Lo mismo reñirían si fuesen dos apreciables burgueses. Desde este instante la comedia se lanza por el derrotero de los viejos procedimientos, con su desafío en el tercer acto, con la vuelta del artista herido á los brazos de la mujer abnegada, que le amaba con amor desinteresado.

Merced á estos resortes, no muy nuevos, pero de efecto seguro en el teatro, logró Dicenta la otra noche conquistar los aplausos de los espectadores.

La enseñanza que de la comedia se desprende es la ya indicada, á saber: que el amor de los artistas es lo que los franceses llaman *feu de paille*, ó como decimos en España, agua en cestillo.

* *

También del mal de amores trata la linda comedia de Brieux *Les hannetons*, traducida con el título *Los abejorros*. En ella se estudia un caso parecido al que plantea Daudet en su famosa novela *Safo*. Un hombre ya maduro y por más señas profesor de Historia Natural, ha tenido la debilidad de enamorarse de una muchachuela ligera de cascos y alocada que hace imposible la vida del pobre profesor. Cuando éste quiere separarse de la casquivana joven, echa de ver que le es imposible quebrantar la cadena que en mal hora se echó al cuello.

Con tan sencillo argumento ha hecho Brieux una encantadora comedia rebosante de vida y llena de amargura bajo su aparente frivolidad. No hay en ella ni arranques líricos, ni frases aparatosas, ni discreteos epigramáticos, ni situaciones efectistas. Es una copia fiel, con la concentración propia del arte, de un aspecto de la vida moderna. Los personajes que intervienen en *Los abejorros* son seres humanos con sangre y nervios que sienten, viven y padecen como nosotros, y que por lo tanto nos conmueven y emocionan.

La obra de Brieux, perfectamente traducida al castellano, ha proporcionado un brillante triunfo á Rosario Pino. Es poco cuanto se diga de la gracia, de la coquetería, de la *calinerie*, con que la excelente actriz interpreta el papel de la protagonista. Viéndola á ella, recordando la labor de María Guerrero y de María Tubau, y en lo cómico la de Loreto Prado, forzoso es convenir en que el arte escénico tiene en España, aunque no muy numerosa, sí muy lucida representación femenina.

* *

Mientras el amor ha sido, es y será siempre manantial inagotable de creaciones artísticas, la política rara vez ha logrado producir en el teatro una verdadera obra de arte. (De los tiempos modernos hablo, porque las violentas sátiras de Aristófanes están ya, lo mismo que la sociedad en que fueron engendradas, muy lejos de nosotros.) Si la política ha triunfado alguna vez en la escena, como en vísperas de la revolución francesa triunfó con *Le mariage de Figaro* y poco ha en España con *Electra*, ha sido por causas que nada tienen que ver con la estética. Pasadas las circunstancias en que esas obras aparecieron, puede decirse que éstas han perdido casi todo su valor.

Con *El intruso*, drama sacado de la novela del mismo título original de Blasco Ibáñez, se aspiraba, sin duda, más que á los aplausos del público imparcial, al palmoteo de los anticlericales. De esto último hubo mucho la noche del estreno de *El intruso*; pero aquellas ruidosas manifestaciones ni encontraron eco fuera del teatro, ni se repitieron después de la noche del estreno... por la sencilla razón de que la obra,

como no iba gente á verla, fué á los pocos días retirada del cartel.

Con no ser *El intruso* de las mejores novelas de Blasco Ibáñez, la comedia es muy inferior á la novela. Los personajes son todos palabreros y declamadores, y el que entre ellos lleva la voz cantante, un médico filósofo y librepensador, se pasa los cuatro actos faltando al clero y haciendo propaganda de sus doctrinas radicales. Como sucede siempre en tales obras, los buenos y simpáticos son los librepensadores; los malos é hipócritas los que blasonan de religiosos: además, como éstos son torpes y aquéllos listos, en cuantas discusiones se arman entre unos y otros los primeros llevan la mejor parte. Como sucede en la fábula, el león es el vencido; porque no «era león el pintor.»

Ni con esta comedia ni con *Numa Roumestan* han conseguido los empresarios de la Princesa atraer espectadores. Échase la culpa de tal desvío á la indiferencia con que el público mira el «arte serio.» No hay tal cosa. En Madrid abunda la gente apasionada por los espectáculos teatrales. Cuando se representa una buena comedia va á verla y aplaudirla; pero se retrae, y hace bien, cuando se le ofrecen obras como *El intruso*, compuestas con trozos de discursos de *meetings*, ó comedias exóticas como en España ha de parecer por fuerza *Numa Roumestan*.

Por otra parte, las que en la mente del autor fueron concebidas como novelas, rara vez se acomodan á las exigencias del teatro. La novela y el teatro son dos géneros diferentes, y al querer amalgamarlos resulta, si no siempre, casi siempre, algo híbrido y deforme.

* *

Prueba evidente de que el público madrileño no tiene aversión al teatro, es la numerosa concurrencia que todas las noches acude á ver y aplaudir en Lara *El niño prodigio*, la última obra de los hermanos Quintero. Adolece la comedia de escasez de asunto, y esto ha sido causa de que los autores hayan procurado estirar desmesuradamente el argumento, intercalando en él episodios é incidentes innecesarios. Pero con todo, el ingenio de los Quintero es de tan buena ley, su observación de la realidad tan penetrante y tan grande su conocimiento de la escena, que han conseguido hacer una comedia interesante con lo que un autor adocenado sólo hubiera podido hilvanar un entremés.

El niño prodigio es una criaturita que toca el violín de un modo admirable; sus padres están locos con su precoz pimpollo y los amigos de la casa fomentan con sus adulaciones el disculpable orgullo de los progenitores del fenómeno. Personas hay que ven con tristeza cómo aquel equivocado amor paternal condena al pobre chiquillo á un trabajo superior á sus fuerzas infantiles, privándole de los placeres propios de la niñez y quizás sembrando en su alma los gérmenes de un prematuro hastío. Estas sensatas reflexiones, lejos de convencer á los padres del niño prodigio, los contrarian é irritan, suponiéndolas hijas de la malevolencia y de la envidia.

Llega la noche en que el violinista en agraz ha de mostrar sus habilidades en el casino de la localidad, y con tal motivo los autores hacen desfilar por la escena una porción de tipos caricaturescos de provincianos, que si es cierto que no todos hacían falta para el desarrollo de la acción, mantienen, en cambio, en constante hilaridad al público. Al fin el niño toca, y lo hace con tal habilidad, que el auditorio al escucharle se suspende y maravilla. Pero precisamente de aquella rara y precoz maestría pretenden deducir los autores la confirmación del pensamiento capital de su comedia. El niño prodigio, sacado, por decirlo así, de su centro, forzado á pasar su vida esclavo del violín, deslumbrado por resplandores de gloria anticipada, será andando el tiempo un ente desgraciado, un pobre ser adulterado por la vanidad. Por eso, mientras á los padres del fenómeno se les cae la baba al presenciar el triunfo de su hijo, la hermana del pequeño violinista, que representa en la obra el buen sentido, llora, adivinando el triste porvenir que aguarda al niño prodigio.

De los dos actos que tiene la obra, el primero es el mejor; pero uno y otro fueron aplaudidos con igual entusiasmo: justo premio al artístico trabajo de los hermanos Quintero, que son actualmente de los contados autores que luchan con denuedo y fortuna en pro del arte escénico nacional. En verdad puede decirse que nadie con tanto entusiasmo y perseverancia como ellos procura continuar las tradiciones un poco olvidadas de la escena española. Y he aquí por qué el público, que en las obras de los dos hermanos ve reflejadas las costumbres nacionales, no les escatima los aplausos.

ZEDA.

EN EL UMBRAL DE LA VIDA

Yo no sé si vosotros, queridos míos, los que me leáis distraídamente, agobiados por el peso de los deberes del matrimonio, recordáis de vez en cuando aquel amor fantasioso, suave é inquieto á la vez, que visitándonos en la mocedad nos descubre un mundo de deseos incomprensibles; aquel amor ruboroso y atrevido que nos enfría y enloquece según las emociones que del mismo experimentamos; que se enseña, en fin, de nuestro apetito, entendimiento y

conquista de la juventud estudiosa, con una serie de sobresalientes que eran el orgullo de su padre, abogado ilustre de su tiempo y ciudad, gran rigorista en todas sus cosas y detalles, el cual cuidaba tanto de su bufete como del porvenir de su hijo.

Poco nos va á costar ahora imaginárnoslo seriamente preocupado en dos elecciones, que aunque diversas, son muy análogas en su fondo. Una carrera honrosa y lucrativa y una nuera más ó menos agraciada, más ó menos rica en corazón é inteligencia, pero sí radiante en el gran mundo del dinero,

y una cruel melancolía invadió el alma del joven, causó estragos en sus mejillas y en sus aptitudes para el estudio. Luis asistió como una sombra á todas cuantas reuniones aristocráticas le indicaba su padre, fiel al objeto que perseguía y del que él no tardó en protestar bajo pretexto de sus amores campesinos, lo que le ocasionó la consiguiente filípica de su padre, la inevitable pérdida de sueño, el enorme disgusto del primer suspenso y, como remate de tanto mal, la decisión paternal de pasar el verano en casa.

Luis languideció; consideróse inmensamente des-



En el umbral de la vida, cuadro de E. Normand

voluntad y nos vuelve pálidos y taciturnos. Yo no sé tampoco si como lenitivo de tanto mal habéis contado con una madre todavía joven, de voz dulce y corazón sensible, que interesándose por vuestros sufrimientos y delirios, os haya fortalecido la esperanza, poetizado el deseo y cuidado vuestra enfermedad amorosa como un médico celestial.

Si fuese así, poco interés despertaría en vosotros mi discurso; pero mi afán no se reduce sólo á revivir recuerdos; me propongo precisamente — á propósito del caso que voy á relataros — hacer comprender á los cabezas de familia que me lean, lo inútil y peligroso que es disponer del corazón de nuestros hijos, ó combatir ciegamente una pasión. No debemos olvidar nunca que la adolescencia, esa edad loca é impaciente, permanece algún tiempo en el umbral de la vida, dudosa de dar el primer paso en amor, pero notablemente excitada por todo cuanto pueda apeteer, de manera que, al levantar obstáculos á su deseo no logramos otra cosa que precipitarla rápidamente á lo que quizás no habría llegado.

Luis era casi un niño, muy vivo de carácter, de una fantasía sin sujeción, tan sensible y varonil en sus modales y maneras, que sus compañeros de colegio le llamaban el hombrecito.

A los quince años poseía el bachillerato, primera

hay que convenir en que tienen mucho de parecido.

Aquel año, como de costumbre, pasaron el verano en la grandiosa quinta de su propiedad; Luis, durante el último invierno, había cambiado mucho, y el sol, un alegre sol que enrojecía los viñedos y sembrados, un cielo puro y transparente y una dulce sofocación que agitaba su pecho le dispusieron al amor.

Por lo demás, el lugar tenía su poesía; ¿habré de describiros el murmurante curso de un río, el soñoliento balanceo de los álamos que bordeaban sus aguas, el florido césped y el par de ojos, azules como el espacio, de una lugareña de diez y siete años, fresca y atrayente como una sombra en las calurosas mañanas del estío?

Quizás por hallarse en la ardiente mañana de la vida, Luis se enamoró de esta sombra fresca y rozagante. Tenía dos años más que él; pero eso, lejos de ser un inconveniente, era un encanto más que avivaba el amor del muchacho, y ella y él brincaron sobre la hierba; por consiguiente, no hallo reparo en decir que, mientras el padre seguía preocupado en la elección de carrera, el hijo juraba amor eterno á Gertrudis mientras la enseñaba á deletrear sobre el césped florido.

Llegaron los días grises y con ellos el regreso á la ciudad. El despido fué triste; ardientes las promesas,

graciado, y desde el umbral de su vida, delirante por un amor que aumentaba como grandiosa hoguera á cada nuevo obstáculo que le echaban, vislumbró el espantoso cortejo de su suplicio.

La madre, lejos de dormir, velaba las locas pesadillas del mancebo y confortaba su ánimo con el bálsamo de la esperanza; pero la enfermedad no se hizo esperar, y la triste estación de las nieves marcó su huella en el delicado rostro de Luis.

La madre de Luis, que poseía un corazón capaz de emocionarse porque era todavía joven y á más gozaba de mucho criterio, así que la primavera estampó sus alegres labios en los cristales del cerrado balcón, expuso su idea al esposo, el cual la calificó de imprudente, pero no la combatió por estar también seriamente alarmado por la salud de su hijo; de manera que éste poco tardó en hallarse convaleciente, sentado con languidez en el majestuoso parque de su quinta y abandonado á las dulces palabras de su madre y á las fieles caricias de Tom, que, restregando su hocico por las rodillas del joven, le invitaba á proseguir las correrías de otro tiempo.

Luis aceptó, pero en su alma ya no había ni aquella impaciencia ni sobresalto; no quiero indicar con eso que no deseara ver nuevamente á Gertrudis; solamente hago notar la extrañeza que él mismo experi-

mentó al darse cuenta de que contando con la tolerancia de sus padres, hubiese tardado dos días en volver al lado de su amada.

¿Qué cambio ejercía en su alma, turbulenta ayer y reflexiva entonces, aquella libertad de acción?

Debilitábanse todas las irradiaciones románticas del despertar de su naturaleza soñadora, y la realidad surgía de su larga noche de tormentos indicándole todas las sinuosidades del camino que iba a emprender.

Sin embargo, él no experimentaba esto con claridad; era un presentir de desengaño; temía desprenderse de un sueño demasiado dulce; de consiguiente, Tom desesperaba de la lentitud con que andaba su dueño, y no sabiendo qué hacer de sus patas andaba y desandaba el camino, hundiéndose en el mar de los campos de heno, para salir muy lejos de la blanca faja de la carretera y reunirse con Luis, levantando nubes de polvo.

Así llegaron al río, que se deslizaba monótono y brillante en la silenciosa opulencia de los campos.

Poco le costó convencerse de que sus aguas cantaban casi con la misma música de los otros ríos. Buscó la deliciosa sombra que protegía sus pláticas, como un descreído busca las imágenes que le fueron queridas. El álamo había muerto. Sólo quedaba su tronco desnudo y macilento bajo un sol alegre que besaba nuevos árboles que crecían con florecencias de renovación.

Era la hora, aquella misma hora del amor apacible dada en el rústico campanario de la aldea, y Gertrudis no estaba allí. Habían pasado dos años y la voz de la campana se había vuelto plañidera y ronca, cansada de llamar por los campos desiertos. Era una voz quejumbrosa que se extinguía, volviendo a su ruido seco, sin vibraciones románticas, de campana vieja... Gertrudis no volvía, ni Tom enronquecía llamándola, ni Luis creía oír sus pisadas en el leve ruido de las hierbas. Tomó el camino del pueblo quizá para volver a su casa, meditando sobre la primera desilusión de su vida, lamentando tal vez la última vibración de un alma adolescente, ingenua y pudorosa, cuando acertó a pasar Gertrudis con un cesto de ropa en la cabeza. Aquella deliciosa cabecita se había robustecido, borrando la delicadeza de sus líneas, inflamándose con todas las florecencias de una potente juventud. Grandes gotas de agua resbalaban al sol por sus mejillas, y aquella boca, que se había abultado por impetuosas invasiones de sangre, profirió un grito vulgar que ahuyentó para siempre toda la poesía del pasado.

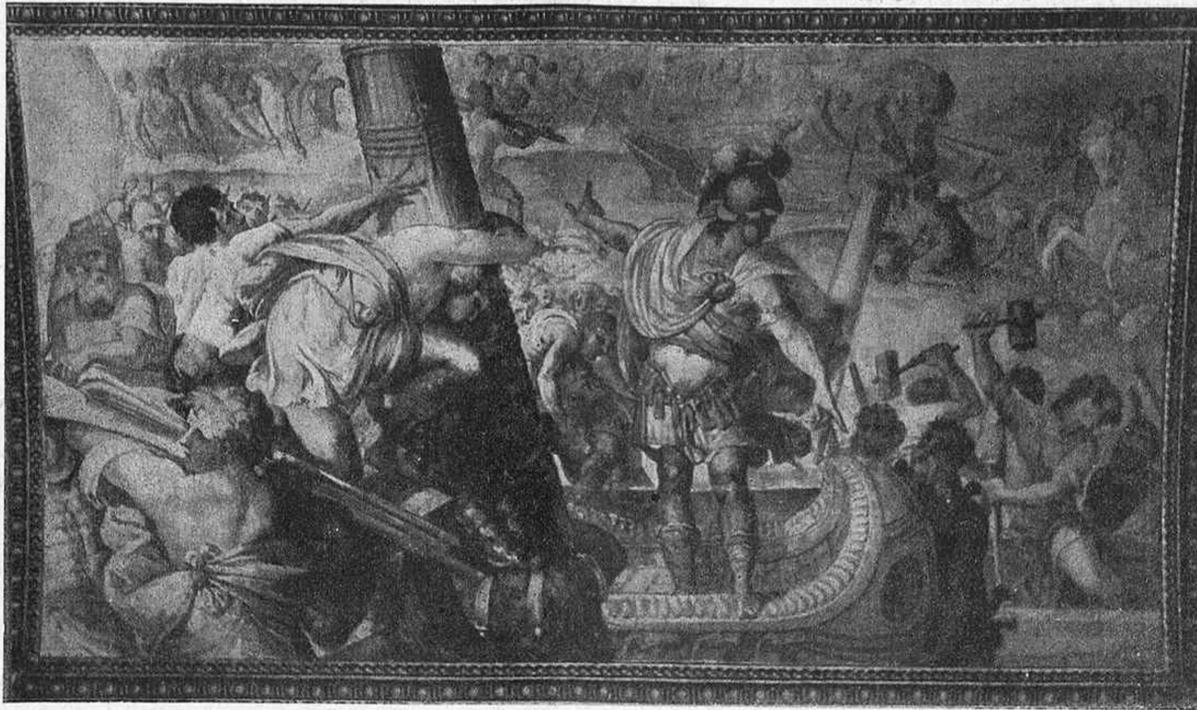
—¡El señorito!

¡El señorito!.. Ya no era Luis, su Luis, porque aquella alma abandonada a la rusticidad de una vida campesina, había perdido las ingenuidades, la adorable franqueza de la infancia, como también el cuerpo aquella sutileza de líneas de niña fresca y atrayente como una sombra.

Los dos se miraron, y hablando de los trigos, de cualquier cosa, se extrañaron de un ayer que huía velozmente para franquearles el umbral de la vida.

Y pasaron ambos con entera libertad, rozándose tal vez, pero siguiendo distinta dirección.

NOGUERAS OLLER.



Fresco de Pierin del Vaga existente en el castillo de Sant-Angelo, de Roma
(De fotografía de A. G. Collari, comunicada por Hutin, Trampus y C.^a)

ROMA. — EL CASTILLO DE SANT-ANGELO

Este castillo, situado a la entrada de Roma, en la villa derecha del Tiber, es el Mausoleo de Adriano, tan famoso en la antigüedad.

El emperador Publio Elio Adriano lo mandó construir en el año 135 después de J. C.; Antonino Pío prosiguió su construcción, que fué terminada por Marco Aurelio. Era una inmensa rotonda de 67 metros de diámetro y 32 de altura, asentada sobre un basamento cuadrado de 90 metros de lado.

En el mausoleo fueron enterrados Adriano y sus sucesores hasta Septimio Severo; quedando luego cerrado hasta 410, en que fué saqueado por las hordas de Alarico, que robaron todos los tesoros en él conteni-

viaducto que pone en comunicación el castillo con el Vaticano. Otras obras se construyeron durante los pontificados de Clemente VII y Paulo III, el cual hizo pintar al célebre Pierin del Vaga y á otros artistas no menos ilustres, de la escuela del gran Rafael, algunas salas y el salón principal, y colocar en lo alto de la torre una estatua colosal de mármol del arcán-

gel San Miguel, modelada por Rafael de Montelupo. En 1626, Urbano VIII agregó al castillo las obras exteriores, bajo la dirección de Marco Antonio de Rossi, dejándolo en la forma que tiene actualmente; en 1770, Benedicto XIV mandó substituir la estatua de mármol de San Miguel por otra de bronce, fundida según el modelo de Verschaffelt.

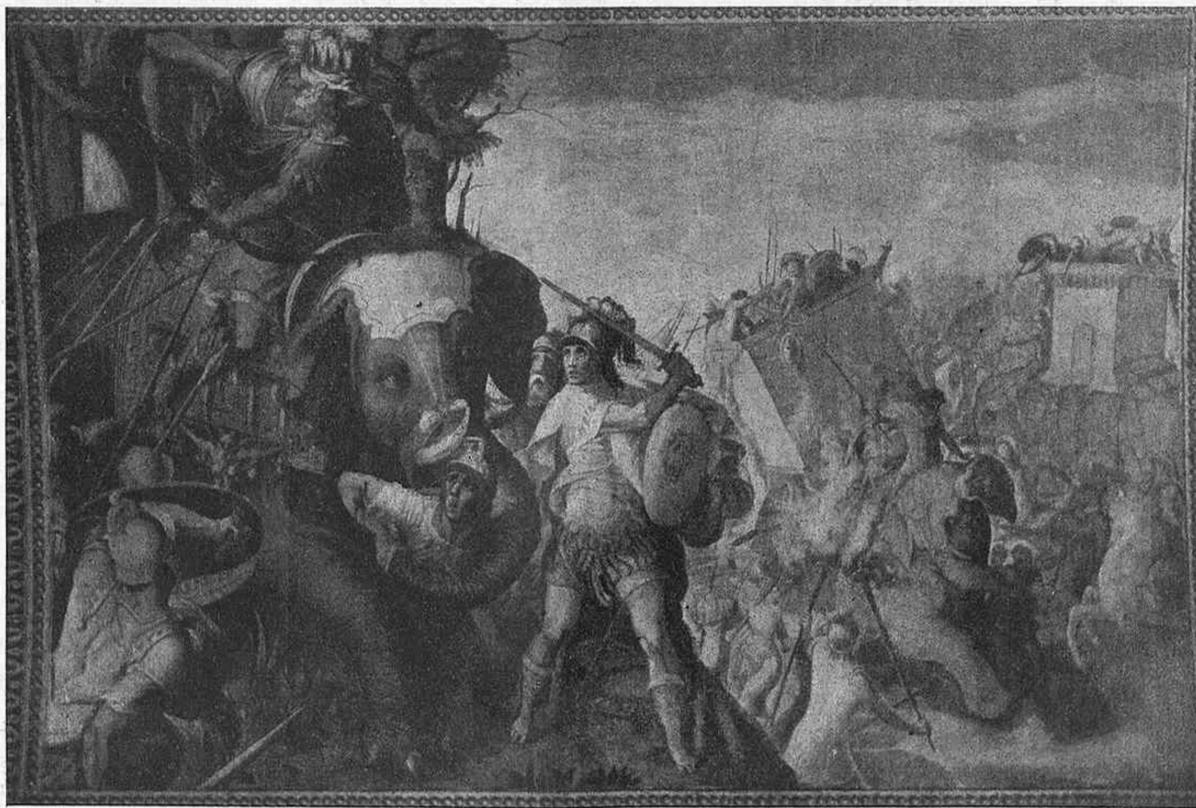
El mausoleo, en su estado primitivo, hallábase enteramente revestido de grandes losas cuadradas de mármol blanco de Paros y adornado, en su parte superior, con gran número de estatuas, también de mármol, de hombres y caballos admirablemente ejecutados; una estatua colosal de Adriano coronaba

aquella inmensa mole. Todas esas maravillas fueron destruidas en los muchos sitios y ataques que hubo de sufrir la fortaleza.

Encierra todavía el castillo numerosos tesoros artísticos, algunos de ellos descubiertos en recientes excavaciones, de los cuales son muestra algunos de los grabados que en esta y en la siguiente página publicamos. Hay entre éstos tres frescos de la bóveda de la Sala Paolina ó del Trono, que representan escenas de la historia antigua de Roma y que son obra del citado Pierin del Vaga y demás pintores de la escuela rafaeliana. Otro grabado reproduce la gran sala llamada de Apolo con las magníficas pinturas de Rafael, de Pierin del Vaga, de Juan de Udine y de Marcos de Siena; en esa sala fué juzgado el famoso

Cagliostro, cuyo calabozo se enseña todavía á los que visitan el castillo de Sant-Angelo. Reproducimos también el célebre alto relieve de la Virgen con el Niño Jesús que se atribuye á Rafael de Montelupo y que durante mucho tiempo estuvo en la habitación destinada á cuerpo de guardia; está muy bien conservada y es una obra primorosamente esculpida.

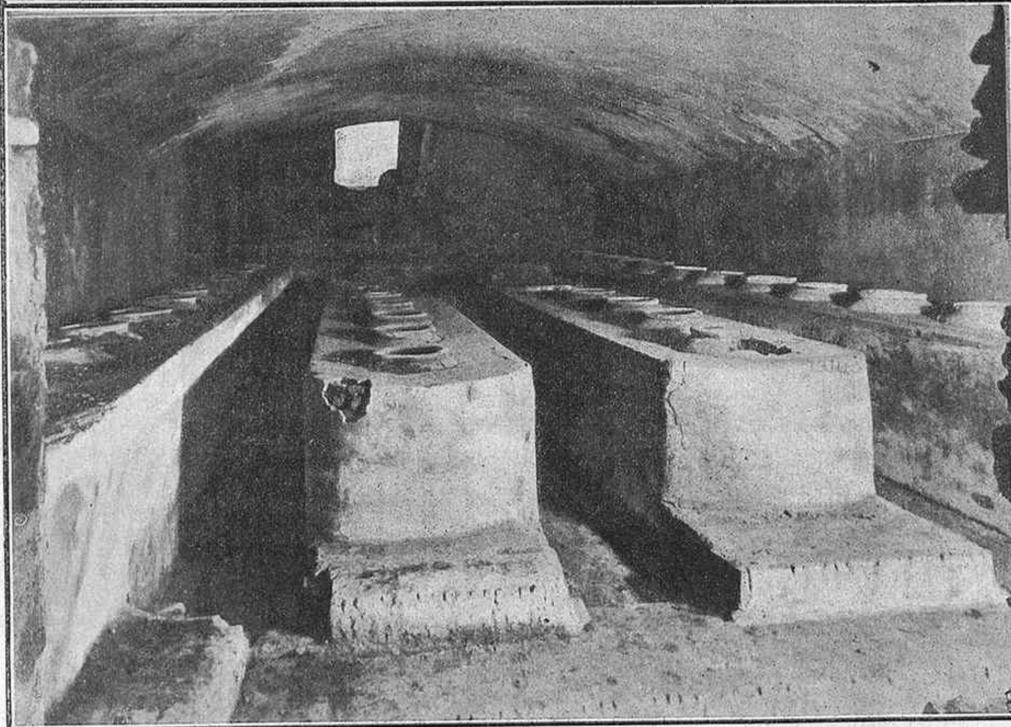
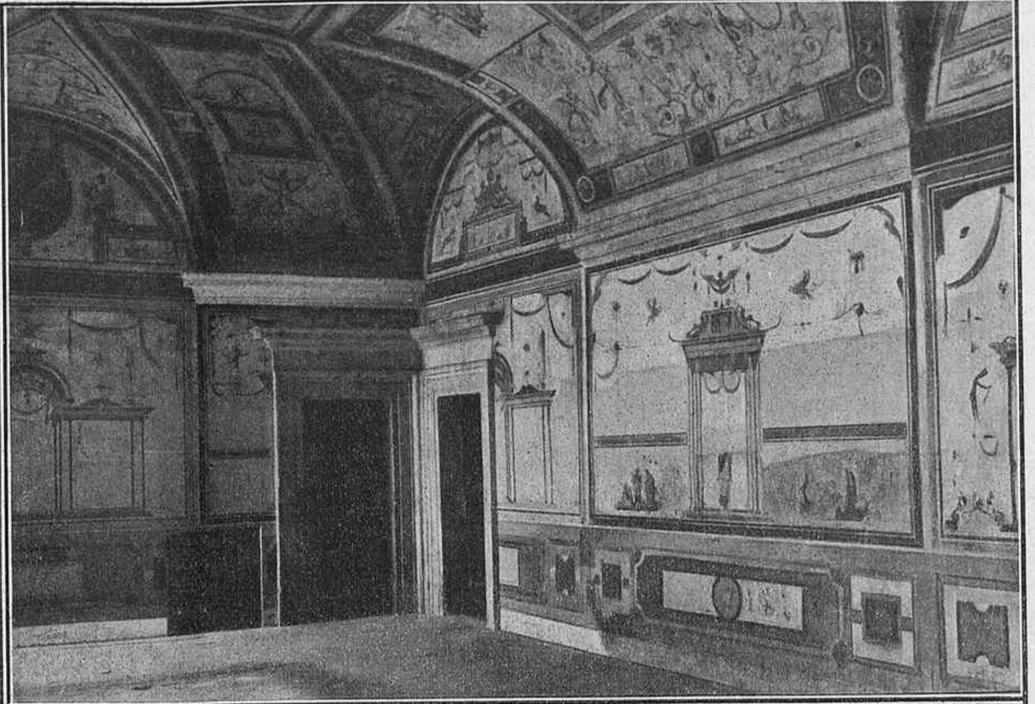
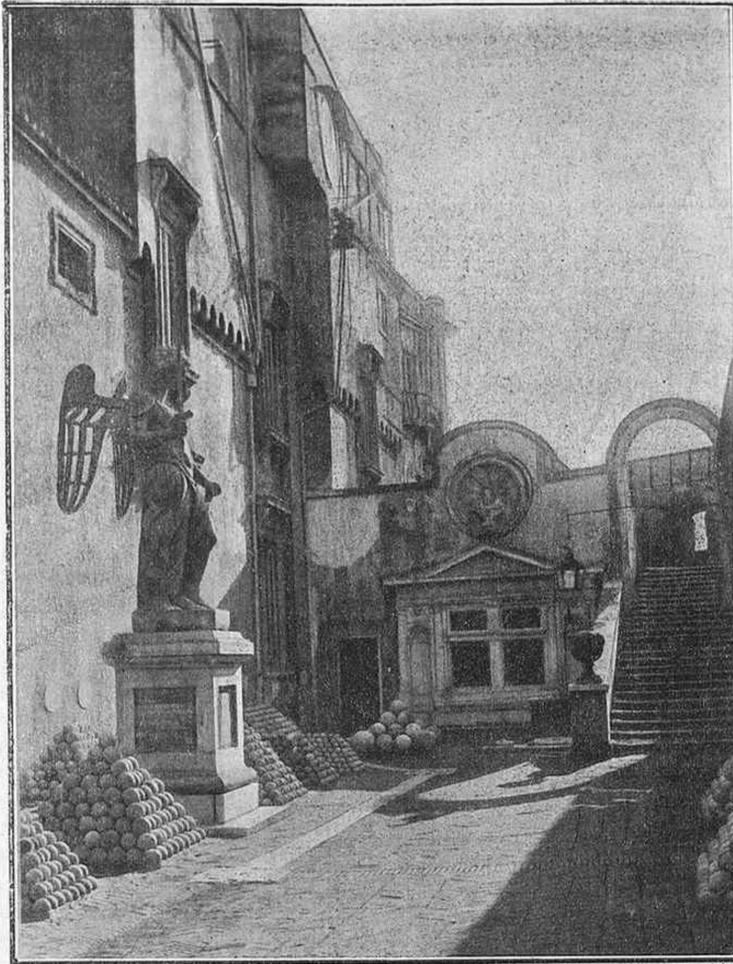
Otra de las vistas es la del gran departamento mandado construir por el papa Alejandro VI para guardar el aceite; hay en él 84 tinajas de 260 litros de capacidad cada una, y el aceite en ellas contenido servía para el uso de la guarnición cuando se hallaba sitiada. Reproducimos finalmente la vista del patio central, ó patio de



Fresco de Pierin del Vaga existente en el castillo de Sant-Angelo, de Roma
(De fotografía de A. G. Collari, comunicada por Hutin, Trampus y C.^a)

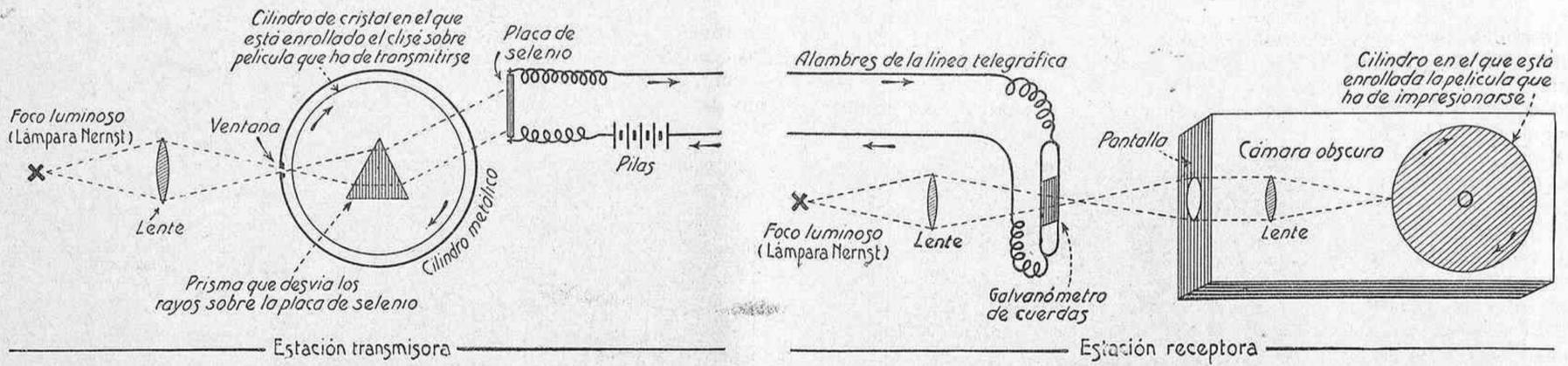
dos. En el siglo v, Teodorico hizo de él una fortaleza, carácter que conservó hasta los tiempos modernos, habiendo sufrido varias transformaciones en el transcurso del tiempo. Hacia fines del siglo xv, la explosión de un polvorin causó en el edificio graves daños que el papa Alejandro VI mandó reparar, ampliándose entonces las fortificaciones y construyéndose el

honor, en el cual se ven varios montones de balas de las que se empleaban en los antiguos morteros; la estatua de ángel que se ve en ella es la de San Miguel que desde 1550 á 1770 estuvo colocada en lo alto del castillo; la puerta del fondo es la de la capilla de los condenados á muerte, construída según los planos de Miguel Angel.—R.



ROMA.—EL CASTILLO DE SANT-ANGELO. (De fotografías de A. G. Collari, comunicadas por Hutin, Trampus y C.^a)

LA FOTOGRAFÍA TRANSMITIDA POR EL TELÉGRAFO (TELEFOTOGRAFÍA)



ESQUEMA DE LOS APARATOS EMPLEADOS POR EL PROFESOR KORN, DE MUNICH, PARA REPRODUCIR Á DISTANCIA CLISÉS FOTOGRAFICOS

En el número 1.296 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un artículo, acompañado de los grabados correspondientes, en el que nos ocupábamos del descubrimiento prodigioso del sabio profesor bávaro Dr. Korn, gracias al cual se resolvía de una manera bastante satisfactoria el problema de la transmisión de las imágenes á largas distancias.

Desde entonces, el profesor Korn ha perfeccionado de tal modo su invento, que éste resulta ahora eminentemente práctico, hasta el punto de que periódico tan importante como *L' Illustration*, de París, ha adquirido el privilegio de explotarlo en Francia y para instalar aparatos transmisores en todos los países, excepto en Alemania, que el inventor se reserva.

Consideramos, pues, de verdadera oportunidad dedicar nuevamente la atención á tan interesante asunto y añadir nuevos datos á lo que hace poco más de un año dijimos.

El profesor Korn ha tenido la audacia de querer telegrafiar las múltiples impresiones producidas en los múltiples puntos de una superficie fotográfica, á una distancia dada cualquiera; mas no pudiendo enviarlas simultáneamente, las expide sucesivamente, valiéndose para ello de ingeniosísimos aparatos, cuya descripción vamos á hacer á grandes rasgos.

La estación expedidora (véase el primer grabado de esta página) se compone de una lámpara de Nernst que, por medio de una lente, condensa sus rayos sobre una ventanita practicada en la pared de un cilindro metálico; en el interior de éste hay un segundo cilindro de cristal alrededor del cual va enrollada la película fotográfica que ha de ser reproducida (al presente se trata sólo de reproducciones de películas) y que está dotado de un doble movimiento de rotación y de traslación en el sentido de su eje. El rayo luminoso atraviesa la película y la pared del cilindro de cristal con más ó menos intensidad, según que el clisé haya sido más ó menos impresionado y haya sido puesto químicamente en condiciones de mayor ó menor resistencia al paso de la luz, y va á

resistencia eléctrica varía según las variaciones luminosas; por consiguiente, á un rayo lumínico más intenso corresponderá una corriente eléctrica más fuerte en un alambre unido á la placa de selenio.

A la estación receptora llegan las corrientes ó choques eléctricos de in-

en la ventanita del cilindro receptor. En el doble movimiento de rotación y de traslación longitudinal, cada punto de la película que ha de ser impresionada se coloca sucesivamente delante de la ventana y recibe la dosis de iluminación que se desea. Cuando el cilindro expedidor ha terminado su rotación, la placa de selenio recobra su insensibilidad y la estación receptora sabe que no le falta más que desarrollar el clisé por los procedimientos ordinarios.

Un conjunto de pequeños aparatos permite regular y vigilar el isocronismo en los dos extremos del alambre.

Hace cuatro años que el profesor Korn comenzó á ver el éxito de su descubrimiento, cuando su atención se fijó en la propiedad que tienen los tubos de Crookes y de Roentgen de transmitir más ó menos luz según que reciban más ó menos electricidad; y en sus primeros experimentos servíase de uno de esos tubos. Pero las fotografías entonces obtenidas (véanse las del regente de Baviera que adjuntas publicamos) resultaban muy ligeramente acentuadas, á causa, en parte, de la pereza del selenio, que almacena siempre algo de las fuerzas que recibe y acaba por «no querer más.»

El profesor Korn venció esa dificultad por medio de un aparato llamado compensador, que es el progreso definitivo de su invención; una comparación



El profesor KORN, de Munich, inventor de la transmisión de las imágenes por telégrafo



El mismo retrato reproducido por la telefotografía; prueba obtenida en 6 de noviembre último

tensidades diferentes y que se suceden unos muy cerca de otros.

¿Cómo podrán esas pulsaciones eléctricas infinitamente numerosas realizar á la inversa el trabajo efectuado en la estación expedidora y traducirse en variaciones luminosas?

El profesor Korn ha resuelto el problema por medio de un galvanómetro de cuerdas, construido por él especialmente para ese objeto. El aparato receptor compónese también esencialmente de una lámpara Nernst, de una lente condensadora y de un cilindro compensador en el interior del cual va enrollada la película que ha de impresionarse. El galvanómetro de cuerdas hállase interpuesto en el trayecto que recorre el rayo luminoso y desempeña el papel de obturador intermitente; consta de una delgada hoja de

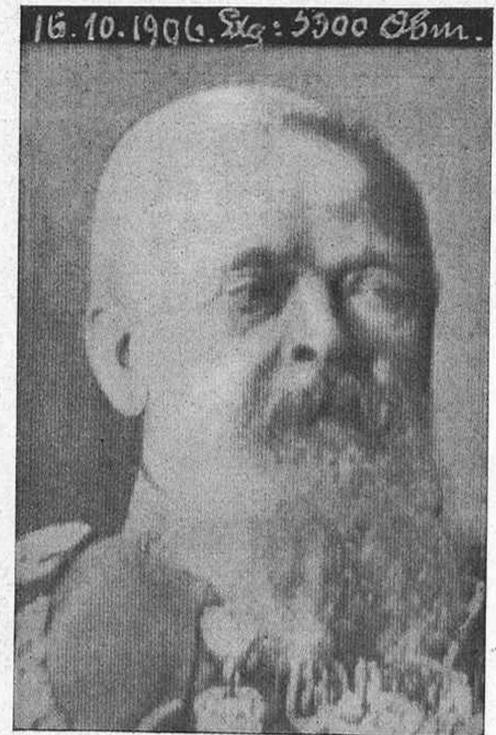


Imagen obtenida del mismo clisé que las anteriores y reproducida en 16 de octubre de 1906 en el aparato receptor perfeccionado



Retrato original del príncipe regente de Baviera.



Imagen reproducida en 1903 en el aparato receptor á los 12 minutos de exposición.



Imagen reproducida en 1903 en el aparato receptor á los 24 minutos de exposición.



Imagen reproducida en 1903 en el aparato receptor á los 24 minutos de exposición.

chocar contra un prisma que lo desvía dirigiéndolo á una placa de selenio. Este metaloide tiene la propiedad de armonizar la luz y la electricidad, de manera que cuanto más luz recibe tanta más electricidad devuelve, ó hablando en términos más científicos, su

aluminio tendida entre dos alambres de cobre muy tirantes. Según la mayor ó menor intensidad de las corrientes eléctricas, el obturador se mueve más ó menos delante del foco luminoso, regulando de esta suerte el mayor ó menor ingreso del rayo luminoso

entre las fotografías del regente de Baviera obtenidas en 1903 y las obtenidas en 1906 del mismo y del inventor que damos en esta página, permite juzgar del gran adelanto logrado merced al nuevo perfeccionamiento.—P. C.

LOS PREMIOS NOBEL EN 1906

Publicamos hace pocas semanas el retrato del eminente histólogo español Dr. Cajal, agraciado con el premio Nobel correspondiente á las ciencias médicas; hoy reproducimos los de otros tres hombres ilustres que han obtenido igual distinción: el del gran poeta italiano Josué Carducci; el del sabio histólogo y patólogo, italiano también, Camilo Golgi, y el del ilustre químico francés Enrique Moissán, á quienes han sido adjudicados respectivamente los premios destinados á la poesía, á las ciencias médicas (conjuntamente con el doctor Cajal) y á la química.

Josué Carducci, nacido en Toscana en 1836, fué desde su juventud un apasionado del arte clásico y pagano y un revolucionario en literatura. A los once años escribió sus primeros versos, é influido por las lecturas huía de su casa, juzgando tiránica la autoridad paterna; en 1849 pasó con su familia á Florencia y comenzó á estudiar con los Escolapios, y en 1856 insertó sus primeros trabajos literarios en prosa en *Il Poliziano*, periódico que se publicaba en aquella ciudad. Dos años después dábale á conocer como poeta en un tomo de versos, que en aquel entonces apenas llamó la atención y que después ha sido reimpresso con el título de *Juvenilia*. En 1861 fué nombrado profesor de la Universidad de Bolonia, y en 1865 dió á luz, con el seudónimo de Oenotris Romano el famoso *Himno á Salandás*, que produjo gran escándalo

Odas Bárbaras, que publicó en 1878 y que compuso ajustándose á las mismas reglas que las de Horacio, en la antigüedad cantadas por coros de mancebos y doncellas. Esa tentativa fué muy discutida en la mis-

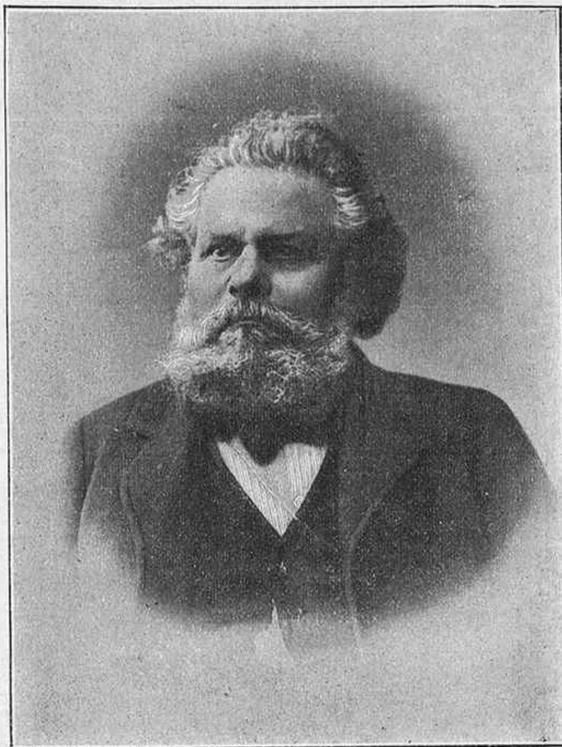
Instituto de Histología y Patología experimental de la mencionada ciudad, luminoso centro de perfeccionamiento al cual concurren alumnos de toda Italia y del extranjero, seguros de encontrar allí una fuente

copiosa de ciencia. En aquel instituto realiza Golgi una obra científica extraordinariamente fecunda, ya directamente, ya por medio de algunos de sus ilustres discípulos. La obra de Golgi puede sintetizarse diciendo que mediante una larga y acertada aplicación de su reacción especial cromó-argétea sobre el sistema nervioso central, ha aportado un tributo colosal á la histología y patología de los centros nerviosos.

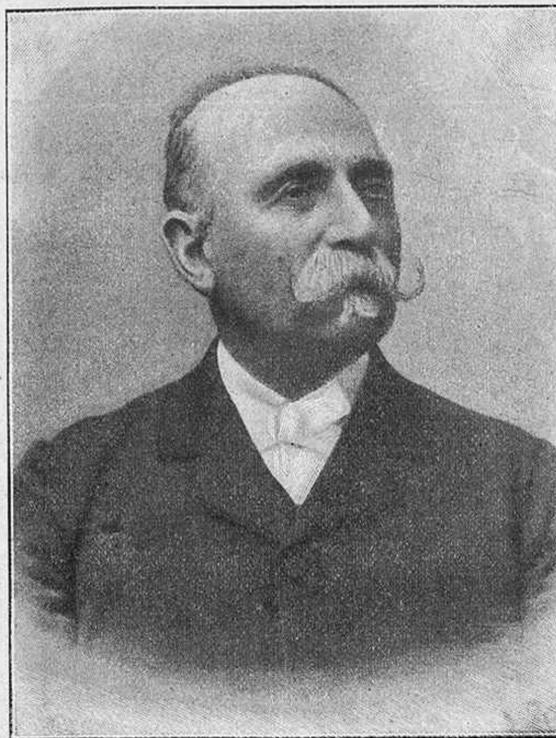
Enrique Moissán nació en París en 1852; graduóse de doctor en Ciencias en 1885, y al año siguiente fué nombrado catedrático de Toxicología en la Escuela de Farmacia. Actualmente desempeña una cátedra en la Universidad de París. Fué el primero que en 1886 logró aislar el fluor en estado gaseoso, y sus trabajos, que tuvieron

gran resonancia en el mundo científico, le abrieron las puertas de la Academia de Medicina en 22 de mayo de 1888.

Otros de sus notabilísimos descubrimientos han sido la síntesis del diamante, la obtención del boro puro y la preparación por efusión del carburo de calcio cristalizado, el cual, tratado por el agua, da el acetileno puro, propio para el alumbrado. Pero de todos sus inventos es quizás el más importante el del



El poeta italiano JOSUÉ CARDUCCI, que ha obtenido el premio Nobel, destinado á la poesía (De fotografía remitida por Carlos Abeniocar.)

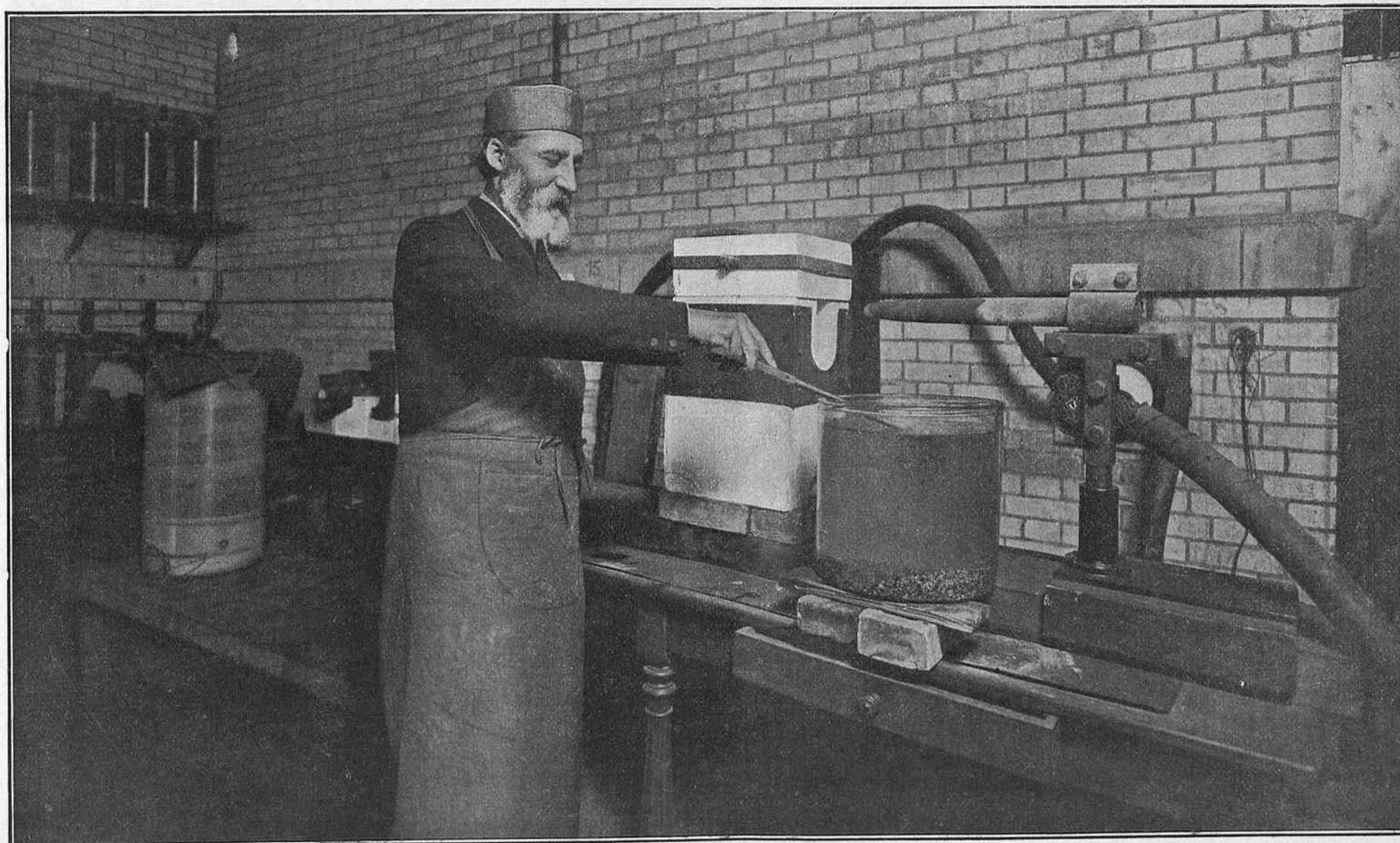


El histólogo italiano CAMILO GOLGI, que ha obtenido el premio Nobel destinado á las ciencias médicas, juntamente con el Dr. Cajal.

ma Italia, pero mereció la admiración del sabio Mommsen, uno de los más grandes conocedores de la lengua y de la poesía latinas.

Del valor insigne de Carducci como profesor y crítico, son elocuentes testimonios los dos volúmenes de *Estudios literarios* y de *Bocetos críticos y discursos literarios*, el ensayo de un texto y comentarios nuevos sobre las *Rimas del Petrarca*.

Camilo Golgi es profesor, desde hace veinticinco



EL QUÍMICO FRANCÉS ENRIQUE MOISSÁN, QUE HA OBTENIDO EL PREMIO NOBEL DESTINADO Á LA QUÍMICA, EN SU LABORATORIO. (De fotografía de M. Branger.)

por el atravimiento, pero que consagró á Carducci como poeta eminentísimo.

Pero su obra capital, la que más ha popularizado su nombre en el mundo literario de Europa, son sus

años, de la Universidad de Pavia, en donde desempeña la cátedra de Histología, en la que sucedió al célebre Bizzozero, quien, más que maestro, había sido amigo fraternal suyo. A él se debe la formación del

homo eléctrico que lleva su nombre y que permite fundir y volatilizar casi todos los cuerpos conocidos aun los más estables, estudiados en Química inorgánica.—S.



BUSTO-RETRATO DE LA INFANTA MARIA DE LAS MERCEDES, PRINCESA DE ASTURIAS,
obra del notable escultor Agustín Querol



FELIPE V DE ESPAÑA,

retrato pintado por Jacinto Rigaud (1659-1743), grabado por Pedro Drevet (1664-1739)

EL ESCULTOR RODIN

La adjunta fotografía apenas necesita explicación; el escultor Rodin es harto conocido y sus obras son demasiado famosas para que hayamos de hablar de la personalidad del artista ni de sus magistrales producciones, muchas de las cuales hemos publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. El fotógrafo le ha sorprendido con la cartera y el lápiz en la mano, fijando en el papel las líneas elegantes, los graciosos movimientos y las bellas actitudes de unas bailarinas asiáticas, que luego reproducirá en el barro con el vigor y la vida que son característicos de sus admirables esculturas. Es una nota interesante de esa información moderna que procura ofrecernos los episodios íntimos y curiosos de la existencia de los hombres ilustres.

DON PEDRO MONTT

El nuevo presidente de la República de Chile goza en su país de gran prestigio por su honorabilidad, así es que su elección fué bien acogida por todo el mundo, incluso por sus adversarios políticos, que no pueden menos de reconocer sus altas dotes de carácter y de inteligencia.

Es oriundo de familia catalana y descendiente de D. Manuel Montt, que desde 1851 á 1861 ejerció el cargo que hoy él desempeña, cimentando sobre sólidas bases el engrandecimiento y la prosperidad de Chile.

D. Pedro Montt ha sido vicepresidente de la Cámara de Diputados, vicepresidente del Consejo de Estado y varias veces ministro.

Los puntos fundamentales de su programa son el restablecimiento del valor de la moneda, la promulgación de leyes protectoras del trabajo y el fomento de las obras públicas y de la instrucción popular. Pero la empresa que actualmente tiene mayor importancia y á la cual dedica preferentemente su atención el nuevo presidente es la reedificación de Valparaíso, que tantos daños sufrió á consecuencia de los terribles terremotos de agosto último.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse las láminas de las págs. 793, 800 y 801)

Orgullo, cuadro de F. Zmurko. — Los cuadros de este celebrado pintor, algunos de los cuales hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, son generalmente bustos de mujeres, y en todos ellos el pintor no se limita á trasladar á la tela un tipo de belleza femenina, sino que además simboliza en éste un estado de ánimo, sin apelar á otros recursos que á los de expresión del rostro y actitud del cuerpo. Véase, en prueba



D. PEDRO MONTT, nuevo presidente de la República de Chile. (De fotografía.)

de ello, la obra suya que en este número publicamos: *Orgullo* se titula, y es verdaderamente una hermosa representación de ese sentimiento que se caracteriza por el exceso de estimación propia.

Busto-retrato de la infanta María de las Mercedes, princesa de Asturias, obra de Agustín Querol. — Otra obra digna de alabanza, debida al notable escultor Agustín Querol, podemos dar á conocer á nuestros lectores, gracias á la galantería de nuestro amigo. Modelada por especial encargo del príncipe viudo, justo es consignar que el artista ha correspondido cumplidamente á la confianza de que fué objeto, resultando el

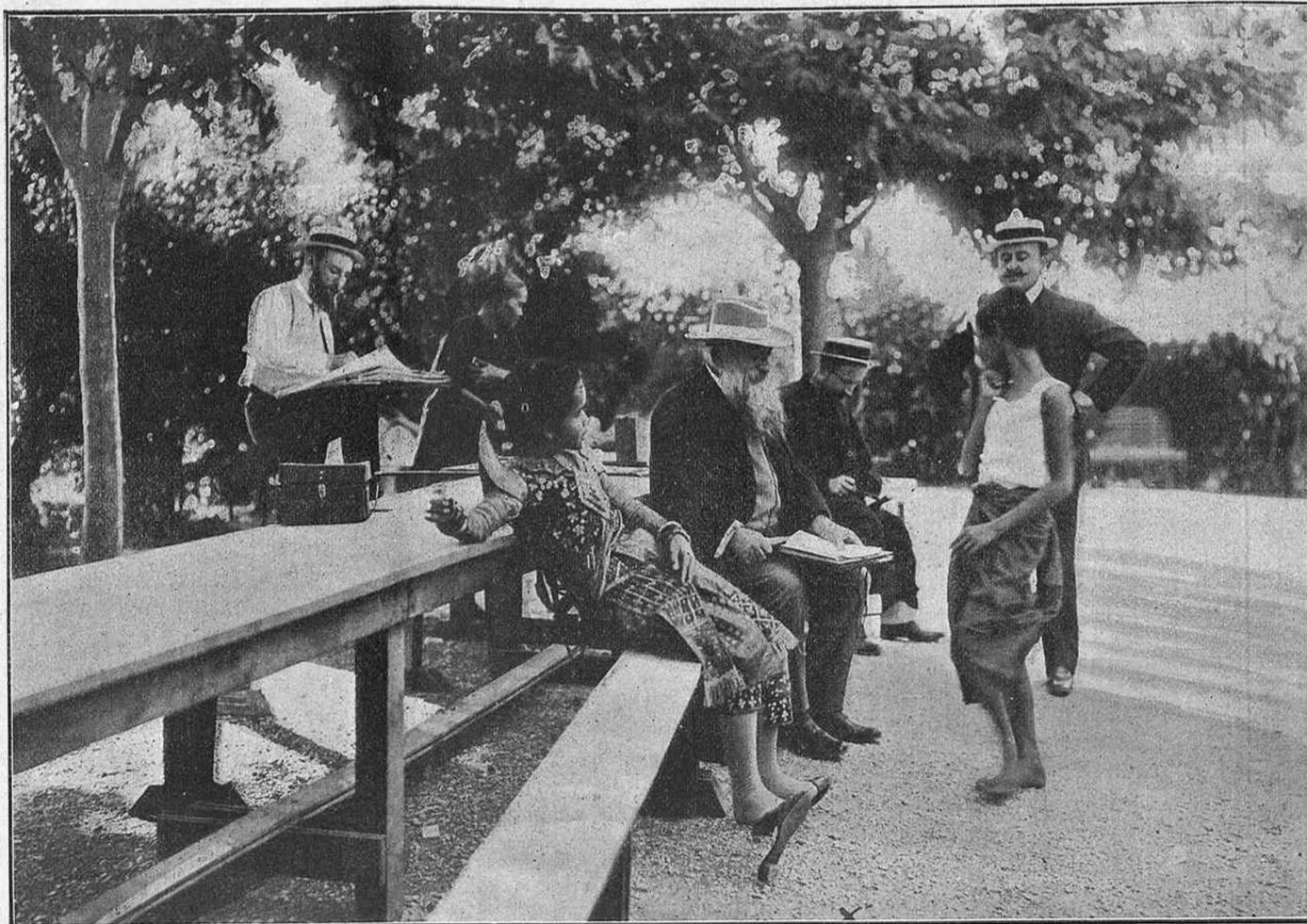
busto-retrato trasunto fidelísimo de la que fué malograda princesa de Asturias. Recientemente nos ocupamos del artista y de sus obras, por cuyo motivo hemos de referirnos á lo que ya consignamos acerca de tan distinguido escultor.

Felipe V de España, retrato pintado por Jacinto Rigaud. — Este famoso pintor, nacido en Perpignán en 1659 y fallecido

José Flüggen, pintor muniquense, autor de cuadros muy celebrados y del decorado de algunas óperas de Wagner para los teatros de Baireuth y París.

Julio Majorossy, arquitecto húngaro, constructor de varios grandiosos edificios públicos de Budapesth.

Fernando Hartzler, célebre escultor alemán, autor de muchos y muy importantes monumentos



PARÍS. — EL FAMOSO ESCULTOR RODIN TOMANDO CROQUIS DE UN GRUPO DE BAILARINAS ASIÁTICAS (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

en París en 1743, es considerado como uno de los mejores retratistas de la escuela francesa; sus cabezas son un portento de vida, de carácter y de expresión; su pincelada es á la vez delicada y atrevida, y su colorido, aunque brillante, no ofrece tonos chillones. Pintó varios retratos de Luis XIV y de la familia real francesa, entre ellos el del que fué rey de España Felipe V, que reproducimos, grabado por el célebre Drevet.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BARCELONA. — El «Centre Popular Catalanista» de San Andrés de Palomar ha organizado una exposición de arte sobre las siguientes bases: 1.ª La exposición se compondrá de cinco secciones (Arqueología auténtica ó reproducción en modelado ó dibujo; Arte moderno, escultura y pintura en todas sus manifestaciones; Fotografía en general; Tarjetas postales en sus diversos procedimientos, y Carteles artísticos coleccionados); 2.ª A cada sección se concederá un primer diploma por grupo, pudiendo concederse otros á juicio del Jurado; 3.ª La admisión de objetos quedará cerrada el día 24 de los corrientes; 4.ª El acto de inauguración se efectuará el día 1.º de enero de 1907 y la exposición estará abierta hasta el día 2 de febrero; 5.ª Constituyen el Jurado D. José Puig y Gadafalch, presidente; D. Juan Llimona, D. José Campeny, D. Dionisio Baixeras y D. Jaime Bofill, secretario.

Espectáculos. — PARÍS. — Se han estrenado con buen éxito: en el Athenée *La Ponette*, comedia en cuatro actos de Luis Artous y Pablo Fuchs; en Marigny *Pan*, drama satírico y cómico en tres actos, letra de Carlos van Lerberghe, música de Roberto Haas; y en el Odeón *Jules César*, tragedia de Shakespeare, traducida por Luis de Gramont y puesta en escena con lujo y propiedad admirables.

BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Innocencia*, zarzuela en un acto, letra arreglada del francés por D. Eduardo Aulés, y música del maestro Grant; y en Romea *San Ramón Nonat*, comedia en un acto de D. Ramón Ramón y Vidales.

En el Liceo, ha conseguido un nuevo triunfo el eminente barítono Sr. Battistini en la ópera de Verdi *Hernani*. En la que han obtenido también muchos aplausos la Sra. Davyd y los Sres. Biel y Navarini. También se ha cantado *Aida*, por las Sras. de Lerma y Verger, y los Sres. Scampini y Rebonato, todos los cuales, y muy en especial las dos primeras, fueron en extremo aplaudidas.

Necrología. — Han fallecido: Luis Alberto Villanis, compositor italiano, bibliotecario y profesor de Historia de la Música del Liceo Rossini de Pésaro, autor de notables obras sobre estética musical.

Federico Reusch, escultor alemán, profesor de la Real Academia de Bellas Artes de Königsberg, doctor honorario de la Universidad Albertus, autor de varios importantes monumentos.

Federico Conrado Bailstein, notable químico ruso, miembro de la Academia Imperial de Ciencias de San Petersburgo, ex profesor de Química de la Escuela Superior Técnica de aquella capital,

Vladimiro Stasoff, arqueólogo, historiador de arte y etnólogo ruso, miembro de honor de la Academia Imperial de Ciencias de San Petersburgo.

Edmundo Harburger, pintor de género alemán, colaborador de la notable revista «Fliegende Blaeter.»

Dr. Jacob Julio David, notable escritor, poeta y dramaturgo austriaco.

Alejandro Nikolaiewitch Wesselowky, historiador ruso, muy conocido por sus trabajos de literatura comparada.

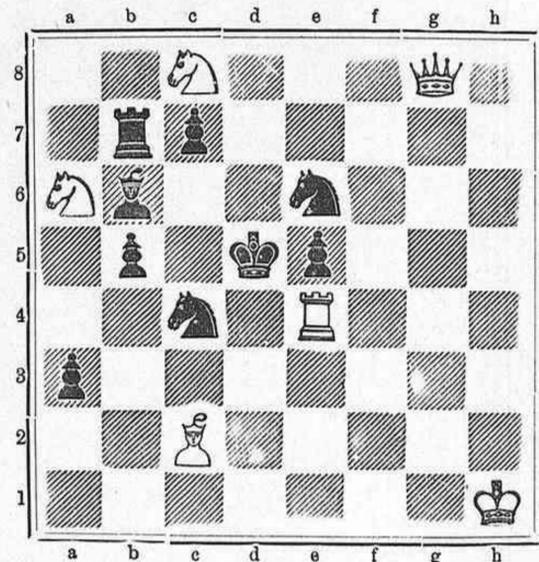
MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 447, POR V. MARÍN.

(Primer premio del Concurso del *Deß Schachfreund*, 1899.)

NEGRAS (9 PIEZAS)



BLANCAS (6 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 446, POR V. MARÍN.

- Blancas. 1. Dh 8-h6
- Negras. 1. Cualquiera.
- 2. D ó C mate.



Descolgaba de la pared la vieja mandolina y entonaba una canción de taberna

CORAZONES DE ORO

NOVELA ITALIANA DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE CALDERE

(CONTINUACIÓN)

Coppa continuó su relato diciendo á Desiderio: —Y me aseguró que le bastaba un mes, transcurrido el cual regresaría á Italia, á Milán. «¿Va usted también á Italia? ¿Se detendrá allí? ¿Irá usted á Milán?» me preguntó. Contestéle la verdad, pero acompañada de tantos *quizás*, de tantos *sí*, que el pobre enamorado debió comprender que yo no quería alentarle á ser tan explícito como él deseaba. «Me llamo Pedro Corruccini,» díjome tímidamente. «Si en algo puedo ser á usted útil en España...» Le respondí que no podía serme útil en España ni en ninguna otra parte, y terminé dándole mi nombre. No habiendo podido llegar á Niña por mi conducto, aquella misma tarde quiso probar de llegar hasta ella por la puerta falsa, poniendo en manos de la muchacha una declaración escrita; pero era poco diestro en esas lides, y cuando, desesperado, quiso introducir el billete en un guante que Niña había dejado sobre una silla, yo me apoderé de éste y al entregárselo á su dueña saqué su contenido. Díome entonces el capricho de gastar una broma cruel, y desdoblado el papel en presencia de Pedro se lo entregué á Niña diciéndole: «Veamos lo que se había escondido en tu guante; lee.» Y Niña leyó, riéndose, la lista de la última comida. «Ya para nada sirve—dije al enamorado;—la comida ya está digerida.» Pedro Corruccini me miró con altivez y yo le miré á él; pero cuando me parecía que me había vengado, ocurrióme una idea, y en vez de decir al viajante de productos químicos *adiós*, le dije *hasta la vista* y le añadí que podría volver á verme en Milán y que si quería escribirme podía hacerlo á mi nombre á la lista de correos. El pobre muchacho se fué encantado.

—¡Bravísimo!, exclamó Desiderio.

—Dices *bravísimo* como yo se lo diría á otros y como me lo he dicho cien veces á mí mismo inútilmente. Decía *bravo* cuando me sentía con fuerzas para renunciar á ese sentimiento que ha hecho de mi

viejo corazón un juguete digno de lástima; pero ya no lo digo ahora.

Permanecieron un rato silenciosos. Al anciano organista parecióle que de la habitación inmediata venía de cuando en cuando un canto alegre que dominaba el tono bajo de Antonia; era la voz de Niña.

—¡Oh, pobrecita de mí, pobrecita de mí!, decía aquella voz regocijada.

—¡Pobrecita de ti!, exclamó Coppa, casi hablando consigo mismo. Pobrecita de ti si mi locura no me abandona, si tú por compasión renuncias á tu parte de felicidad, que es la juventud y el amor. ¡Pobrecita de ti!

—¡Oh, pobrecita de mí!, seguía diciendo Niña, que de pronto salió precipitadamente de la cocina y se plantó delante de Coppa. Mira, papá, ¿me he ensuciado mucho?

Y al decir esto mostraba su carita morena, en la que se veía un tiznón negro de hollín.

Coppa rióse mucho viéndola así y le dijo que daba horror y que corriese inmediatamente á su cuarto á lavarse con jabón.

Y apenas se hubo marchado Niña, prosiguió en el tono de antes:

—Sí, Desiderio, hasta llegué á acariciar esa magnífica idea, hacerla mi esposa; tiene diez y ocho años no cumplidos, y yo tengo setenta..., no cumplidos tampoco, pero soy rico y puedo dar una situación espléndida, á cambio de su juventud y de su belleza, á esa pobre muchacha que hace poco tocaba la mandolina en las tabernas de Buenos Aires, expuesta á las asechanzas de cualquier argentino rico ó emprendedor. Ella no diría que no, ¡es tan niña! Todavía no sabe en qué consiste la felicidad y puedo hacerle creer que consiste en esto, en que ella tenga diez y ocho años y yo setenta. El mundo aplaudiría como en el teatro cuando un juego sale bien. Pero ahora...

—¿Ahora, qué?, preguntó Desiderio melancólicamente.

—Lo he pensado mejor y por esto te la dejo y me marchó... No para siempre, sino sólo por una temporada; cuando se me haya quitado esa locura, volveré para recoger también mi parte de caricias, y los dos pensaremos en darle un buen marido, escogiendo para ella un joven que la quiera mucho y que la haga dichosa y nos deje contentos.

Estas últimas palabras las dijo con pena. Desiderio cogió silenciosamente la mano de su amigo y la tuvo entre las suyas largo rato sin decir una palabra. Al fin apareció en la puerta Niña, la cual dirigiéndose á Coppa le dijo con complacencia:

—Mirame, *papá*, ¿estoy guapa? Estaba verdaderamente hermosa.

V

La busca del piso fué cosa larga, porque á Coppa no le satisfacía ninguno de los que veía y porque Desiderio sentía, en el fondo de su corazón, tener que abandonar la casa en donde había amado y llorado.

Pero al fin se encontró lo que deseaban; siete habitaciones, aparte de un corredor que había de servir de antecámara, en un entresuelo bañado por el sol, tal como Coppa quería, y no sólo con vista á extensas praderas, para que Desiderio no echase de menos la perspectiva de los tejados, sino además con un pequeño jardín, en donde Niña podría cultivar guisantes y lechugas.

Coppa se había preocupado secretamente de buscar para las paredes del cuarto de la gran cama de matrimonio un papel con florecillas de color de rosa; hubieron de ser amapolas en vez de claveles silvestres, pero el fondo gris era igual y el conjunto presentaba un aspecto tan risueño, que Desiderio quedaría contento seguramente. Y en verdad que lo ha-

bía quedado en seguida, y no porque aquellas amapolas le recordaran mejor los claveles que había dejado en la otra casa, sino porque el pobre viudo, dotado de un alma dócil y agradecida, era incapaz de resistir á una muestra de afecto, aunque le costase un sacrificio.

Además, su muerte habíase apresurado á acudir á la cabecera de su lecho, mientras él dormía, para decirle que todo iba bien y que no pensase tanto en reunirse con ella, porque teniendo aún mucho que hacer en la tierra, quedaba toda la eternidad para verse en el cielo. «Pero ¿no te cansarás de aguardarme, Esperanza mía?» habíale preguntado; y la muerte había asegurado que el cansancio es cosa de este mundo y que en el otro ni siquiera se le oye nombrar.

Mas no habiendo satisfecho á Desiderio esa respuesta, la aparición había añadido: «No he perdido nada; estoy siempre junto á ti y te veo mejor que antes. Ahora toda tu alma me pertenece; con tal que no me rechaces, puedo leer lo que fatigosamente ves tú mismo; y no es tampoco cierto que no pueda hablarte, ya que hablo á tu pensamiento, te conforto, te animo, te contradigo callandito. Sólo una cosa me apena y es que no tengas idea de la felicidad de mi estado.»

Aquel primer sueño desvaneció todos los escrúpulos que sentía Desiderio de abandonar la antigua casa. Luego siguieron otros sueños en los cuales la muerta aprobó la elección del piso cercano al Conservatorio, consintió en que Coppá se fuese á correr mundo durante algún tiempo más, hasta quedar curado de su herida, y recomendó muy mucho á Desiderio enseñase á Niña á tocar el órgano, que él y nadie más que él acompañase á la muchacha al Conservatorio, así á la ida como á la vuelta. Finalmente nada impedía... (esto no lo dijo la muerta, sino Coppá), nada impedía...

—¿Qué?

Que Niña se llamase para Desiderio Esperanza.

—Los muertos no deben ser celosos, á lo menos así me lo parece, insinuó Coppá.

—No lo son, afirmó Desiderio; la llamaremos Esperanza.

—Yo no; para mí seguirá siendo Niña.

Arregladas así las cosas, el viejo Desiderio vió abrirse nuevamente ante él una nueva era de dicha, tan alegre, tan hermosa y tan pródiga en promesas para su corazón modesto, que casi le parecía superior, no á sus propias fuerzas, pues sentíase más fuerte que nunca, sino á lo que razonable y lícitamente corresponde á una pobre criatura mortal. Y hasta experimentaba cierto escrúpulo cuando se confesaba á sí mismo que la muerte de su Esperanza nada había arrebatado á su existencia, porque había venido Niña y la muerta estaba aún viva.

—¿Pero tú, pobre amigo mío, tú?, preguntaba á menudo.

—Yo estoy bien, respondía Coppá. Ya sabes que sé sufrir y aun vencerme; tengo larga práctica. ¿Quién sabe si, á fuerza de vencerme, á qué grado de excel-situd llegaré?

—¿Pero sufres?

—¡Ya lo creo! Pero callo. Confío en que Niña no se habrá percatado de nada; todas las mañanas cuando se presenta delante de mí y se pone de puntillas para que le dé un ósculo paternal, no se figura el suplicio que me infiere. Mas todavía puedo sufrir; cuando no pueda más me iré por el mundo y volveré curado.

Y Coppá, el viejo Coppá, á quien la vida había enseñado tantas cosas, Coppá, que había visto el doble fondo de muchas trampas humanas, se jactaba de su valor con pleno convencimiento. ¡Pobre Coppá! ¡Se creía fuerte porque sabía sufrir! Desiderio, que lo admiraba sin restricciones hasta en esto, expresó un día un pensamiento que se le había ocurrido.

—Ya lo sé que eres fuerte, le dijo, y sé que en ello te complaces; pero ¿dónde está la verdadera fuerza en saber sufrir ó en no sufrir? ¿Quién sabe! Acaso los más fuertes son los indiferentes.

—Puede ser.

Niña era una discípula distraída y el anciano organista pudo decir al cabo de pocas semanas que nada bueno haría de ella. Refase de todo, afirmando que había aprendido la lección perfectamente, y para indemnizarse del aburrimiento que quería causarle el maestro con sus acordes, descolgaba de la pared la vieja mandolina y entonaba una canción de taberna. Para Desiderio, para sus oídos acostumbrados á la majestad del órgano de Bach, era un dolor, un tormento escuchar aquella música grosera ejecutada en aquel instrumento de tortura; pero cuando Coppá y Niña reían, refase él también. Y luego añadía, aun-

que sin rencor, que el hombre que había inventado la mandolina debía estar borracho ó acaso paralítico ó cuando menos enfermo de los nervios.

De todos modos la muchacha, por respeto al maestro, aprendió las escalas y los acordes, y el viejo organista no desconfiaba aún de que se apoderase de ella la pasión del órgano, como se había apoderado de él, cuando le oía decir: «Ahora toca algo tú, que tocas tan bien. ¡Me gusta tanto escucharte!» Desiderio, tocando piezas de Marcello ó de Bach, con los ojos fijos en el techo, parecía interrogar al cielo, mientras Coppá, sentado aparte, con la cabeza baja y el rostro oculto entre las manos, buscaba en el semblante de Niña una razón seria que explicase su propia locura.

«Pero ¿quién me asegura que sea una locura realmente?» decía á sí mismo.

¿Sabía acaso de un modo positivo dónde, en la vida social, acaba la cordura y la manía empieza? ¿Quién sabe? Quizás la verdadera sabiduría consiste en saber desembarazarse el camino para llegar al propio contento, y que sólo es loco quien, teniendo al fin al alcance de la mano la felicidad, se obstina en no alargar el brazo y decir: «Es mía y la tomo.»

Un día Niña parecía ceder dulcemente á la tentación de Bach, pero sonreíase aún de cuando en cuando mirando ora á uno ora á otro de los dos viejos; y mientras el organista, fijos siempre los ojos en el ideal, se hallaba lejos, Coppá coordinó mejor sus ideas para la batalla.

Hasta entonces habíale contenido el escrúpulo de encadenar la juventud floreciente al viejo egoísmo; pero si alguien le demostrase que desposando sus setenta años con los diez y ocho de Niña para darle un nombre, una posición, una fortuna... y aun el amor, si el amor fuerte de los viejos, porque sólo los viejos saben amar..., si alguien, con piadoso talento, le hiciese esa demostración cuerda, reforzándola con muchos ejemplos tomados de lo que siempre se ha hecho en el mundo, de lo que se hace todos los días, de lo que se hará aún..., si...

«Apostemos—imaginóse que alguien le decía—á que si propusieras á Niña casarte en seguida con ella, no diría que no; y así como ahora está á punto de dormirse, se espabilaría, brincaría de gusto y exclamaría: «Casémonos al instante.»

«Es tan niña, respondió mentalmente Coppá, que no tendría esto nada de extraño; mas no es esto lo que yo quiero, yo quisiera...»

¿Qué querría? No quería decirlo; casi no quería pensarlo siquiera. Si no hubiese sido demasiada audacia sólo el imaginarlo, habría querido sencillamente que Niña, con sus diez y ocho años, con su belleza, se enamorase de él, de su figura larga y flaca, de su pelo casi rojo, de su barba y de su cabello cortado al rape. He aquí lo que quería, que se enamorase locamente, ciegame, hasta el punto de perder aquella graciosa cabecita; que entre tantos jóvenes guapos, vigorosos y prendados de ella, que era tan hermosa, prefiriese al viejo Coppá únicamente porque él la amaba más que todos los enamorados juntos; y que un día, vencida por aquel amor extrañísimo, confiase su propio afecto á papá Desiderio ó á él mismo..., que... que abriría los brazos para estrecharla sobre su pecho llorando de ternura como un niño.

Y entonces tal vez Desiderio, el amigo en la vida y en la muerte, encontraría al fin la frase alentadora que ahora le repugnaba pronunciar. «¡Ya lo ves!—le diría.—Está enamorada de ti; cástate con ella y hazla dichosa.» Coppá se figuraba el tono con que serían dichas esas palabras, graves como si las pronunciara el divino Bach: no había en ellas seguramente ni una sombra de envidia, ni siquiera el temor de que el porvenir no bastase á dar realidad á una gran esperanza. En fin, Coppá no se conservaba mal y se sentía con ánimos para vivir cien años para amar. ¿No era acaso de Desiderio esa frase consoladora: «La felicidad llega siempre para el que sabe esperar?»

«La he esperado setenta años—dijose á sí mismo Coppá;—ahora ha llegado, está aquí, cerca, y no tengo más que alargar el brazo y decir: *es mía.*»

Calló el órgano y Desiderio volvió la cara sonriendo.

—Creí que te habías dormido como Niña...

—No, estaba pensando...

—¿Qué pensabas?

—Pensaba que es necesario vencer, arrancarme del corazón ese hechizo...

Desiderio poniéndose en pie delante de su amigo, movía la cabeza, pero no decía nada; sólo expresaba un sentimiento de compasión.

—Pensaba que es menester casarla..., he aquí lo que hace un momento me ha dicho Bach.

—También á mí, repuso Desiderio, me ha dicho Bach una cosa con la que todo se arreglará si á ella nos atenemos.

—Dímela, exclamó Coppá levantándose resueltamente.

—Tú quieres á Niña (y el anciano se volvió para asegurarse de que la muchacha dormía), la quieres mucho, como la quiero yo, pero un poco más que yo, y necesitas estar á su lado para amarla, ¿no es verdad?

Coppá no hizo ningún ademán afirmativo; esperaba lo demás.

—Necesitas gozar de su grata charla, de sus caricias; necesitas contemplar su bondadosa belleza..., ¿no es verdad?, y todo ello por egoísmo, por supuesto. Pero necesitas asimismo protegerla, tener derecho de llamarla *tuya* ante el mundo, poder darle tu nombre...

—Por consiguiente, interrumpióle Coppá, por consiguiente, cástate con ella. ¿Es esto lo que quieres decirme?

Desiderio quedóse algo desconcertado por aquella interrupción y por el tono con que había sido hecha, y no contestó en seguida.

—¿Y eres tú, continuó diciendo Coppá, mi compañero, mi amigo de infancia, quien me da ese consejo? Te lo agradezco con toda el alma; con una palabra, pones acaso término á la lucha que de mucho tiempo á esta parte vengo sosteniendo. Pero yo lo pienso, quiero pensarlo todavía... ¡Mírala, pobre Niña!

—¡Duerme..., pobre Niña!, repitió Desiderio renunciando á completar la idea que se le había ocurrido.

Al cabo de un momento de silencio preguntó Coppá:

—¿Era esto lo que querías decirme?

—Esto..., sí..., esto; sólo que si el casarte con ella no te pareciese el mejor camino para hacer su felicidad y la tuya, habría otro que quizás os haría dichosos á los dos.

—¿Otro camino?

—Sí..., adoptarla.

En aquel instante Niña despertó.

—¡Bravo, hija mía!, exclamó Desiderio poniendo una nota alegre, pero falsa, en su voz lenta y grave. ¡Bravo! ¿Y á ti qué te ha dicho Bach? ¿Quieres decirme?

Coppá la miraba á hurtadillas atentamente.

—No me ha dicho nada, contestó la muchacha.

—¡Niña, Niña!, dijo Desiderio amenazándola en tono de chanza.

Niña, después de haber buscado en la estancia un punto en donde fijar con seguridad la mirada, salió corriendo.

—¿Qué ha pasado?, preguntó Desiderio á Coppá.

Y Coppá respondió tembloroso:

—No dormía; ha oído toda nuestra conversación. Y no sabiendo aún si debía mostrarse muy afligido, pareció sentir un extraño contento, el contento que desde niño había experimentado cada vez que había cometido una tontería con el firme propósito de no cometerla.

VI

¡Adoptarla! Con esta sola palabra Desiderio había preparado una batalla en el alma inquieta de su amigo; pero Coppá, que prescindía de todo aquello que pudiera causarle una hora de dolor, no se había repetido aún el consejo, si bien lo guardaba para ser más adelante infelicísimo. En el entretanto, pensaba en la revelación que había salido de los labios de los dos viejos imprudentes mientras Niña parecía dormir. Pero ¿es que hay todavía niñas que verdaderamente duermen? En sus tiempos tal vez había alguna; mas hoy en día las muchachas casaderas son todo oídos hasta cuando fingen estar dormidas.

Así lo afirmaba Coppá, en tono de chanza y con cierta altanería para luego preguntarse más humildemente:

—¿Pero por qué se fué corriendo? ¿Lo supones tú, acaso? ¿Qué significado ves en ello?

Desiderio no veía más significado que uno, á saber: que Niña no dormía y que lo había oído todo.

—¿Qué hacemos, pues?, preguntó Coppá. Esperar, se contestó á sí mismo.

Queriendo recoger algún indicio, comprendía que le era indispensable la colaboración de su amigo, pero no se hacía ilusiones respecto de los sentimientos de Desiderio; las palabras vagas de éste, el tono resignado con que las murmuraba y sobre todo sus largos silencios, le indicaban harto claramente que no le habría satisfecho el matrimonio. Así como era probable que Niña, apremiada, dijese que *sí*, sin reflexionar, era casi posible que después de haber meditado un poco, esperase con impaciencia. Las muchachas de su edad no tienen miedo de nada.

Vencer la esquizencia de Desiderio, esto era lo difí-

cil, y era además lo indispensable, pues Coppa no se decidiría á librar la batalla decisiva si antes su viejo amigo no le presentaba como verdades, después de haberse los asimilado en el alma, todos los sofismas que él se había forjado contra su propia cordura y contra su propio espíritu de justicia. En cuanto á Niña, Coppa había encontrado en su experiencia mundana y en su conocimiento de los hombres muchas palabras consoladoras.

—Escucha, Desiderio, quiero que me hables con toda franqueza; quiero que no quede á oscuras ni un rinconcito siquiera de nuestra conciencia.

Así empezó Coppa su discurso; Desiderio le contestó en voz baja:

—Habla, ya te escucho.

—Te he dicho, y antes lo habías tú leído en mi corazón, que he cometido una tontería, que me he enamorado de Niña. Quizás por lo mismo que he hecho cuanto he podido para resistirme, el disparate se ha ido formando mejor y ahora está del todo formado. He procurado leer á hurtadillas en tu conciencia, y me ha parecido ver en ella que la cosa más honrada y más leal á los ojos de la sociedad, la cosa en que el mundo no vería ni sombra de mal, te infunde cierto miedo. Esa pobre criatura, has pensado tú, como lo he pensado yo mismo, tan bella y tan buena, tiene derecho á un esposo muy diferente; pero dime, la felicidad de dos que se casan, ¿depende infaliblemente de sus años? ¿Y no es más posible que si muchos matrimonios salen mal se deba esto á que los cónyuges se han unido cuando el hombre no estaba aún en edad de tomar una compañera?

—Esto es verdad, respondió Desiderio; he visto muchos matrimonios que se habían embarcado alegremente naufragar al cabo de un año. Más raro es el caso cuando el marido...

La frase era difícil de concluir.

—Cuando el marido tiene setenta años, dijo Coppa.

—No es esto lo que quería decir. Sé muy bien que á los setenta años se puede ser tan joven como á los cuarenta, cuando se tiene la fibra sana; sé que la muerte llama á todas las puertas sin distinción; y aún sé algo más..., siguió diciendo Desiderio con un acento enérgico en él inusitado.

—¿Qué más sabes?

—Sé que la discusión es inútil contra un sentimiento; que hay que aceptar el amor en todas las edades. Y cuando lo creemos bueno para proporcionarnos la dicha, la locura está quizás en contrariarlo demasiado. Acaso...

Coppa estrechó la mano de su amigo sin pronunciar una palabra.

—Acaso..., repitió Desiderio.

Pero Coppa no le dió lugar á arrepentirse asegurándole que lo que había dicho era muy razonable.

Sin embargo, aún se resistía á sí mismo.

—En resumidas cuentas, ¿qué busca una muchacha en el matrimonio? Un compañero que la ame, que se ocupe de ella, que le dé, á ser posible, un hijo ó dos; con estas condiciones se enamora, es fiel y es dichosa. ¿Crees tú que yo no pueda hacer todo esto?

—¿Quién lo duda!

—Sí, puedo hacerlo, afirmó Coppa; todavía puedo hacer la felicidad de mi esposa y quizás la mía.

—¿Ya sería hora!

—Sí que sería hora, porque, bien mirado, no sé cómo está hecha la felicidad, aunque me la imagino compuesta de paz, de amor, de... no sé qué más..., tal vez de trabajo...

—También entra en ella la resignación.

«Y es de tal índole, habría querido añadir Desiderio, que nunca te agrada, pobre amigo mio, y pasará por tu lado y la mirarás cara á cara sin reconocerla.»

Conseguido lo que se proponía lograr de Desiderio, quedábale todavía á Coppa el ansia de asegurarse en seguida del afecto de Niña. La muchacha era franca, é interrogada á solas descubriría toda su alma; pero mejor sería que él, pudiendo sondear aquel corazón conturbado por la revelación sorprendida, lo tranquilizase con una palabra, por si acaso la turbación fuera ansiedad ó desconsuelo, sin ponerla en el aprieto de una confidencia. Parecíale egoísmo abusar

de aquella frágil criatura para hacerle sostener una batalla íntima. Mientras que él se sentía con fuerzas bastantes para desafiar la negativa, para reirse con ella de sí mismo, pues ese sentimiento de la propia fuerza jamás le había abandonado, enterneciase ante la idea de hacer sufrir á una persona querida. Pensándolo bien, valía más confiar á su amigo la misión difícil.

debiera estar tan contento de haberme quedado solo.

Niña, con la cabecita apoyada en el pecho del anciano, levantaba hacia él una mirada luminosa.

Desiderio le acariciaba la frente, los cabellos, la carita sonrosada.

—El otro, añadió en el mismo tono de antes, no disfruta, no es feliz y sufre..., porque te ama de otro modo..., pero si tú quieres será dichoso.

—¿Cómo?, preguntó Niña bajando los ojos.

—Ya lo has adivinado..., si puedes..., si nada te lo impide, ni una promesa, ni un afecto... y si... él no te parece demasiado viejo.

Dicho esto, guardó silencio.

Niña meditó un instante, fijos siempre los ojos en el suelo.

—Me gusta tal como es, dijo al fin lentamente, y le amaría, como hasta ahora le he amado..., pero...

Hubo una larga pausa.

Desiderio, maravillado de sentir un contento inexplicable, esperó que Niña prosiguiese.

—Pero, añadió ésta completando la frase, *el otro* ha de llegar dentro de poco, y tal vez hoy mismo, á estas horas ya ha llegado.

—¿Y quién es *el otro*?

—Pedro... Pedro Corruccini..., un joven con quien hice el viaje de Buenos Aires á Barcelona y que me dijo que yo le gustaba mucho y que quería casarse conmigo si yo no lo rechazaba.

—¿Y tú, qué le dijiste?

—No le dije nada.

Otro silencio prolongado.

—¿Cómo sabes que hoy debe llegar á Milán?

—Porque él mismo me lo dijo á bordo... y hasta me lo escribió en un pedazo de papel..., que me dejó en la mano al despedirse...

—¿Has pensado en él durante este tiempo?

La contestación no fué pronta, pero sí leal:

—Sí, he pensado siempre en él; y sabiendo que había de llegar, que quizás había ya llegado, he mandado á Antonia á echar al correo un billetito, en que sólo le digo el nombre de esta calle y el número de esta casa... Tal vez vendrá.

—Vendrá de seguro, afirmó Desiderio besando la frente de Niña. Esta pequeña arruga que veo ahí ha de desaparecer; despáchala al momento.

—Dígale que le quiero mucho y que si lo desea consiento en casarme con él; pero en este caso que piense en hablar á Pedro... en decirle...

Ante la idea de lo que Coppa debía decir á Pedro para despedirle, Niña sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y ocultó el rostro sobre el pecho de Desiderio, el cual, poniéndole la mano en la cabeza, díjole en voz baja:

—¿He comprendido!

—¿Qué ha comprendido usted?, preguntó Niña, sin apenas separar la cara de Desiderio y alzando hacia éste sus ojos. No es verdad que yo esté enamorada de Pedro; pero he pensado tanto en él... y quizás él no ha pensado en mí, y ni siquiera vendrá.

—Vendrá afirmó nuevamente Desiderio.

Y al oír esto, el rostro de Niña resplandeció de contento.

—Aquí está Antonia, dijo al oír ruido en la cocina.

Mas cuando corrió hacia la puerta vió que se había equivocado, pues Antonia llegaba en aquel mismo instante.

Desiderio, que cabizbajo se encaminó á la sala de espera, no esperaba encontrar allí á Coppa, y mucho menos encontrarlo de tan buen humor.

—No tienes nada bueno que comunicarme, apresúrate á decir; bien se adivina en tu semblante mi derrota, átrévete á negarlo. Pero ya que tú no puedes consolarme, consuélame mi filosofía, porque has de saber que tengo mi filosofía, y aunque de poco me sirve para razonar antes de cometer una tontería, me viene al pelo cuando ya la he cometido. Vamos á ver: si no hubiese sido por esta filosofía, ¿crees tú que habría podido vivir setenta años amontonando despropósitos sin acertar uno que me diera la felicidad?

Desiderio le miraba compasivamente y como había



Niña meditó un instante, fijos siempre los ojos en el suelo

—Mira, Desiderio, le dijo; háblale tú mismo; lee tú en su corazón antes que yo. En este momento, tal vez medita y espera; ve en seguida, yo me quedo aquí.

Desiderio consintió, pero Coppa no se quedó en la sala, sino que se fué á la cocina, desde donde, mirando por el ojo de la cerradura de la puerta que daba al cuarto de Niña, esperaba poder ver y oír cuanto en éste se dijera. No se le ocurría pensar que aquel modo de leer en el alma de las personas queridas fuese bajo, maligno ó siquiera impertinente; sabía muy bien que nunca son vulgares los medios que se emplean para lograr algo importante. ¿Acaso delante de un público que le aplaudía estrepitosamente no había hecho aparecer una pecera llena de agua y con peces encarnados, sacándosela de debajo de los faldones del frac?

Desiderio acababa de entrar en el cuarto de Niña, y de pie, en medio de la estancia, miraba amorosamente á la muchacha, á la que Coppa no podía ver. El viejo organista callaba todavía, pero sonreíase buscando las mejores palabras para abordar el asunto.

Al fin dijo pausadamente, como si no quisiera despertar los ecos de un alma conturbada:

—Niña!.. Ven á darme un beso... Ven á decir al papá lo que no puede permanecer mucho tiempo encerrado en tu corazón sin hacerte daño.

Niña se acercó silenciosamente y Desiderio prosiguió:

—Aquí, sobre mi corazón de padre..., porque ya debes haber comprendido que de los dos padres te queda uno solo, y este soy yo... Mas no temas que te ame menos que el otro te amaba; has de saber que yo sé cómo se ama á una criatura buena como tú... Me da miedo, sin embargo, pensar que acaso soy egoísta, porque disfruto y me siento dichoso y no

preparado la frase con que debía comenzar su discurso, aguardaba que Coppa le diera ocasión de decirlo. Para dar más fuerza á sus palabras, había cruzado las manos.

—Niña te quiere y dice que sí...

—Dice que si quiero casarme con ella se dejará casar, pero que en este caso debo hablar yo mismo á Pedro para hacerle comprender que su amada ha encontrado mejor partido... Estaba en la cocina y lo he oído todo.

Desiderio separó sus manos y las dejó colgar á lo largo del cuerpo; ese gesto significaba: «Tanto mejor.»

—Pedro vendrá mañana ó pasado, pero yo me marcho esta noche. ¿Qué quieres? Mi filosofía no llega hasta el punto de preparar la boda de mi rival. ¡No es poco tener un rival á nuestra edad! Porque ya lo has oído: «Si yo quiero, se casa conmigo;» pero yo no quiero, ¡pobre Niña! Tú recibirás afectuosamente á Pedro, te enterarás de la posición que puede ofrecer á nuestra hija y le dirás que Niña tiene cincuenta mil liras de dote..., con la condición de que el esposo permita al papá acabar sus días en casa de su hija... Y el papá, por supuesto, eres tú... Infórmatelo por un notario de cómo hay que hacerlo y adopta á Niña. ¿Te parece bien?

No, no le parecía bien; se veía en la cara de Desiderio que aquel plan, combinado con tanta filosofía, no le satisfacía; era demasiado hermoso, sobre todo para uno de los dos Desiderios; pero ¿y el otro?

Coppa adivinó casi todo el significado del silencio de su viejo amigo.

—Hay una cosa que no te satisface, ¿no es verdad? Dímelas y veremos si hay modo de arreglarla.

Desiderio pensó un poco antes de contestar y su contestación fué una pregunta:

—¿Conque quieres marcharte esta noche? ¿Adónde vas? ¿Cuándo piensas volver?

Coppa se sonrió y afirmó que al cabo de sesenta años no repetiría la fuga del hospicio; partiría únicamente porque, como á pesar de sus setenta años había todavía en él algo del chiquillo, no se sentía con fuerzas bastantes para afrontar la mirada de Niña, y volvería cuando todo estuviese arreglado, para firmar el contrato y entregar la dote.

Desiderio se hacía perfectamente cargo de que Coppa creyera necesario marcharse en seguida. Bien es verdad que si fuese tan fuerte como siempre había dicho jactándose de ello, y tan filósofo como ahora se vanagloriaba de ser, se quedaría para desafiar los acontecimientos; pero hay filosofía y filosofía, y la que tiene miedo acaso no es la peor; la llaman prudencia, al paso que la otra, más atrevida, no es tal vez sino temeridad.

Que al día siguiente ó al otro, lo más tarde, se presentaría el Sr. Corruccini á pedir la mano de Niña, ninguno de los dos Desiderios podía ponerlo en duda; pero que fuese absolutamente necesario que uno de los dos pagase la dote y el otro diese su propio nombre, cuando era tan decoroso, tan bello, tan filosófico para Coppa ser él el único que hiciera todo esto, Desiderio no podía entenderlo, por más que le costase confesarlo.

—Está bien, dijo Coppa; puede ser que tengas razón, pero por ahora lo esencial es que me vaya.

Los preparativos para la marcha estuvieron pronto hechos; dos maletas de mano y nada más. Más largo fué escribir las instrucciones para Desiderio, encaminadas á que, durante la ausencia de Coppa, las cosas siguieran el mismo curso que si él estuviese presente. También fué más largo el afeitarse; esta operación que Coppa hacía por sus propias manos todos los sábados, hízola esta vez en viernes.

«Lo menos que puede sucederte, afirmó hablando consigo mismo delante del espejo, es que te hagas un corte en la barba. Ten cuidado si no quieres estropearla la cara.» Mas no tuvo cuidado bastante cuando vió reflejada en el espejito la imagen de Niña, que llegó á punto para presenciar un horror..., la sangre que manchaba la media cara afeitada de Coppa, mientras la otra media conservaba aún todo el pelo de la semana.

—¿Qué te has hecho, papá?, exclamó la muchacha.

—¿Te has hecho daño?, preguntó Desiderio.

—No ha sido nada, respondió Coppa riendo.

Y contento de poder lavarse en la palangana hasta que no manó más sangre de la pequeña herida, pensó que la navaja había sido más inteligente que él haciendo lo que él no habría sabido hacer. Ahora podía reír libremente delante de Niña, la cual le había llamado *papá*, como los demás días, y buscaba en los rincones del cuarto una telaraña para curarle. Cuando la sangre quedó contenida, Coppa acabó de afeitarse tranquilamente; de cuando en cuando se volvía hacia Niña riéndose del espanto que le había causado, y una vez estuvo afeitado, cambió de resolución.

—Ya no me voy, dijo á Desiderio.

—¿Querías marcharte?, preguntó Niña tratando de leer en su rostro rasurado.

—Tenía que partir por cierto asunto y habría estado fuera unos pocos días; pero he pensado que para los otros asuntos hay siempre tiempo, al paso que para labrar la dicha de una Niña querida como tú, sí, como tú, este es el tiempo oportuno; por esta razón me quedo.

—¡Gracias á Dios!, exclamó Desiderio. Esas palabras sí que me placen; esa es la buena filosofía.

—¿Qué es filosofía?, preguntó la muchacha.

—Según parece, la filosofía es hacerse un corte en la cara con una navaja, y quedarse cuando se ha formado firmemente el propósito de partir.

A la obra de la navaja milagrosa faltábale todavía que Coppa cogiese entre sus manos la carita tersa de Niña y la besase en presencia de Desiderio, como había hecho todos los días; pero á esto no se decidía el viejo, porque tampoco Niña se decidía á poner á tiro la cabecita tentadora.

VII

Cuando estuvieron solos, Coppa dió á Desiderio explicaciones larguísimas, más largas aún de lo necesario, acerca de su cambio repentino; quería, como había dicho ya, encontrarse al lado de Niña cuando Pedro Corruccini fuere á quitársela; quería arreglar el contrato de boda; quería escribir á Buenos Aires con la esperanza de que Domingo Lauri, el viejo *abuelo* de Niña, estuviera todavía allí y pudiera decirle algo de los padres de la muchacha y consentir en la adopción de ésta. Quería otras muchas cosas más que Desiderio cogió al vuelo y aprobó en un todo.

Durante el resto de aquel día, Coppa mostróse sereno, tanto que llegada la hora de acostarse, notando que Niña daba las buenas noches á Desiderio sin presentarle la frente para que en ella estampase el acostumbrado beso, cogióla por la mano y le dijo:

—¿Conque nuestra hijita ya no nos quiere? ¿Y qué le hemos hecho? ¿Nada? Pues entonces no hay que renunciar al beso que me das todas las noches antes de irte á la cama; dámelo también hoy si quieres que desciendan sobre tu almohada los sueños gratos.

Niña se ruborizó, dió el beso que le pedían y riendo volvió á colocarse delante de Desiderio.

—A usted no le he dado; soy muy distraída. ¿Lo quiere usted?

¡Ya lo creo que lo quería!

Apenas la joven se hubo marchado, Desiderio se acercó á Coppa y abrazándole efusivamente, le dijo en voz baja:

—¡Estoy satisfecho!

Al día siguiente, Coppa estuvo algo nervioso, pero sólo hasta la hora del almuerzo. Había creído posible, y así se lo había manifestado á Desiderio, que Pedro, al recibir la carta de Niña, se habría apresurado á escribirle una á él anunciándole su visita para después del mediodía; pero en vista de que el correo de la mañana no traía nada, corrigió sus cálculos pensando: «Corruccini no ha escrito ni escribirá, sino que vendrá en persona á eso de la una.» También quiso confiar esa predicción á Desiderio, quien, considerándola muy probable, añadió:

—Lo mismo debe haber pensado Niña, porque la veo inquieta; tres veces ha empezado *Una voce poco fa...* y no ha pasado de aquí. Seguramente también ella espera á Pedro después de mediodía.

Peró llegó la hora de cenar y Pedro no había parecido. Coppa, que lo había esperado inútilmente toda la tarde, habiase paseado largo rato por la sala hasta que, sintiéndose con algo de paciencia, se había arrellanado en una butaca. Después, observando que su paciencia aumentaba, se había arreglado un poco delante del espejo, sólo por hacer algo.

El viejo Desiderio, jese sí que era viejo!, había pasado el día interrogando en silencio, ora á su amigo, ora á Niña, la cual, á decir verdad, no le parecía tan afligida como él se había figurado.

Sin mostrarse demasiado contrariado, lo que hubiera sido una hipocresía, ni tampoco contento, con lo que habría demostrado ser un fatuo y un egoísta, Coppa, durante la cena, no mentó á Pedro, como si tal hombre no existiese, como si no tuviese las llaves del corazón de Niña.

Le esperó tranquilo hasta las nueve de la noche, sosteniendo él solo la conversación con el relato de muchas peripecias de su vida, aunque escogiéndolas cuidadosamente para no perjudicarse demasiado á los ojos de sus oyentes; y al fin, antes de que la muchacha se retirase á su cuarto, díjole muy bajito: «*Vendrá mañana.*» Niña prorrumpió en ruidosa carcajada y se fué canturreando: «*Una voce poco fa, qui, nel cor, mi risonó...*»

Mas tampoco al día siguiente se dejó ver Pedro, ni al otro, ni al otro. Los viejos Desiderios estaban de acuerdo en decir que era aquella una cosa extraña, porque los viajeros de comercio, por hábito profesional, son puntuales en las fechas señaladas y no se olvidan de visitar la casa de un buen cliente el día fijado, aunque lo hayan fijado con una estación y hasta con un año de antelación; con mayor motivo, pues, deben serlo cuando tienen un incendio en alguna parte del cuerpo. Y Coppa, que se afeitaba todos los días desde que había estado á punto de cortarse una mejilla por haberse dejado crecer demasiado el pelo, acabó por enunciar la siguiente sentencia: «Los jóvenes de hoy son muy ligeros. ¿Quieres apostar algo á que Pedro ha plantado á *nuestra* Niña por una andaluza, á la que luego plantará por una parisense?»

Desiderio, sin llegar tan lejos en sus suposiciones, no apostaba nada.

—En seguida lo he adivinado, decía Coppa.

Y apostaba, seguro de ganar, porque conocía el mundo. ¡Pobre Coppa!

El miedo de los dos Desiderios era que la muchacha no riese bastante porque la idea del viajante rezagado le ocupara todo el corazón, ó que canturrease demasiado para aturdirse y no pensar en él; pero Niña no dió motivo mucho tiempo á que se angustiaran los ancianos que tanto la querían, pues apenas se hubo percatado de su inquietud tranquilizólos con pocas palabras:

—Si viene, bueno; si no viene...

—¿Si no viene?, preguntó Desiderio.

—Si no viene, mejor.

Y al expresarse así parecía hablar sinceramente.

Coppa no dijo una palabra, pero sintió que algo le martilleaba dentro del corazón, tal vez un deseo ó acaso una esperanza.

Los dos viejos esperaron largo tiempo á Corruccini cuando Niña ya no pensaba en él. Sabiendo que la muchacha había escrito una carta para dar á su pretendiente las señas de su casa, Coppa fué al correo á hacer averiguaciones y encontró la carta que desde hacía quince días esperaba que Pedro fuese á recogerla. El empleado le preguntó si era él realmente Pedro Corruccini, y Coppa confesó que no, pero que la carta la había escrito él y deseaba saber cuánto tiempo esperaría á su destinatario.

El empleado tuvo la bondad de contar con los dedos y decirle que aquel mismo día había de poner la carta en la casilla de las retrasadas.

Entonces Coppa, viendo que trataba con un funcionario humano, pues alguno hay así, suplicó que la carta permaneciese unos días más en la casilla de las corrientes.

—Mientras yo esté aquí, le prometo dejarla; pero cuando venga otro repartidor, hará lo que ordena el reglamento... Sin embargo, si me dice usted de dónde viene la carta... puedo entregársela y usted podrá echarla en el buzón, poniéndole otro sello y de esta suerte permanecerá quince días más en esta casilla.

—La carta ha sido escrita en Milán y no contiene más que las señas de un domicilio; si quiere usted, la echo en el buzón delante de usted..., allí hay uno que parece hecho á propósito.

—Es verdad..., pero bien se ve que es usted una persona respetable..., dijo el repartidor entregándole la carta.

—Mil gracias; ruégole que se fije mientras la echo en el buzón.

—No faltaba más...

—No, no, hágame el favor de mirar, insistió Coppa, mientras pegaba el sello.

El repartidor miró sonriendo para contestar al buen viejo, el cual, después de haber echado la carta, se volvió para saludar al amable repartidor, diciéndole:

—Ya está.

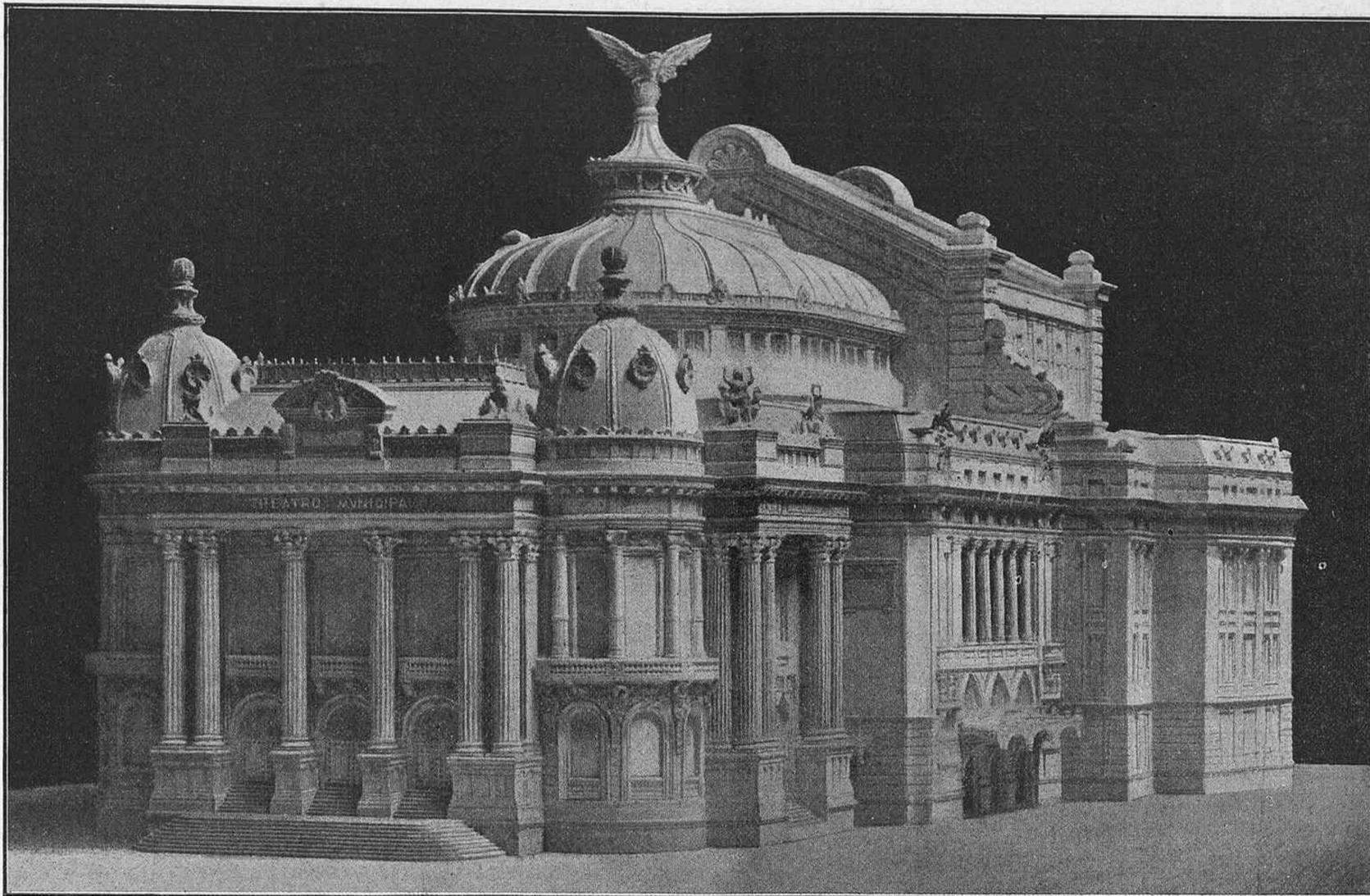
Peró no, no estaba; pues en el momento de echarla, le había asaltado la idea tentadora de guardársela, y cuando estuvo en la calle de Rastrelli la contempló largo rato para dar tiempo á que la travesura que le había hablado al oído le dijese todo su pensamiento.

¿Por qué había hecho aquel juego de manos? Seguramente no por la satisfacción de burlarse de un repartidor de buena fe y distraído. Pues ¿por qué lo había hecho?

Quizás porque Niña había dicho: «*Si no viene, mejor.*»

«¡Eal, pensó, ya tengo entre mis manos la carta que da las señas de nuestra casa y puedo destruirla. De este modo, Pedro vendrá y no encontrará nada, y en cuanto al empleado, aun en el caso de que sea el mismo de esta mañana, no se acordará de nada, ó creará que la carta ha sido entregada por un compañero suyo.

(Se continuará.)



RÍO JANEIRO. — NUEVO TEATRO MUNICIPAL DE LA ÓPERA, ACTUALMENTE EN CONSTRUCCIÓN. (De fotografía.)

En la actualidad se está terminando en la capital del Brasil la construcción del nuevo teatro de la Ópera que el grabado adjunto reproduce. El edificio, como puede verse, es grandioso, elegante y artístico en el exterior; interiormente reúne todas las condiciones de capacidad, buen gusto, comodidad y distribución, que lo colocan al lado de los mejores coliseos del mundo.

El nuevo teatro ha sido construído con fondos municipales, y una vez terminado

llenará una verdadera necesidad que se sentía en Río Janeiro, pues el teatro de Pedro II, que es ahora el principal de la ciudad, no responde á lo que requiere una urbe tan importante como la capital brasileña.

Río Janeiro está realizando grandes progresos en punto á mejoras urbanas y va adquiriendo rápidamente carácter suntuoso y artístico, gracias á la apertura de nuevas calles y á la construcción de soberbios edificios, así públicos como privados.

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes, idiotismos, el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simon, editores. — Aragon, 309 y 311. Barcelona

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

Montaner y Simón, editores. — Calle de Aragon, núms. 309-311. Barcelona

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS **JORET-HOMOLLE**

CURA **LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS

AROUD

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

BOYVEAU-LAFFECTEUR

ROB

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
cura las **ENFERMEDADES DE LA PIEL**
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.

Vendese en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico,
SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR,
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA

EXIBARD

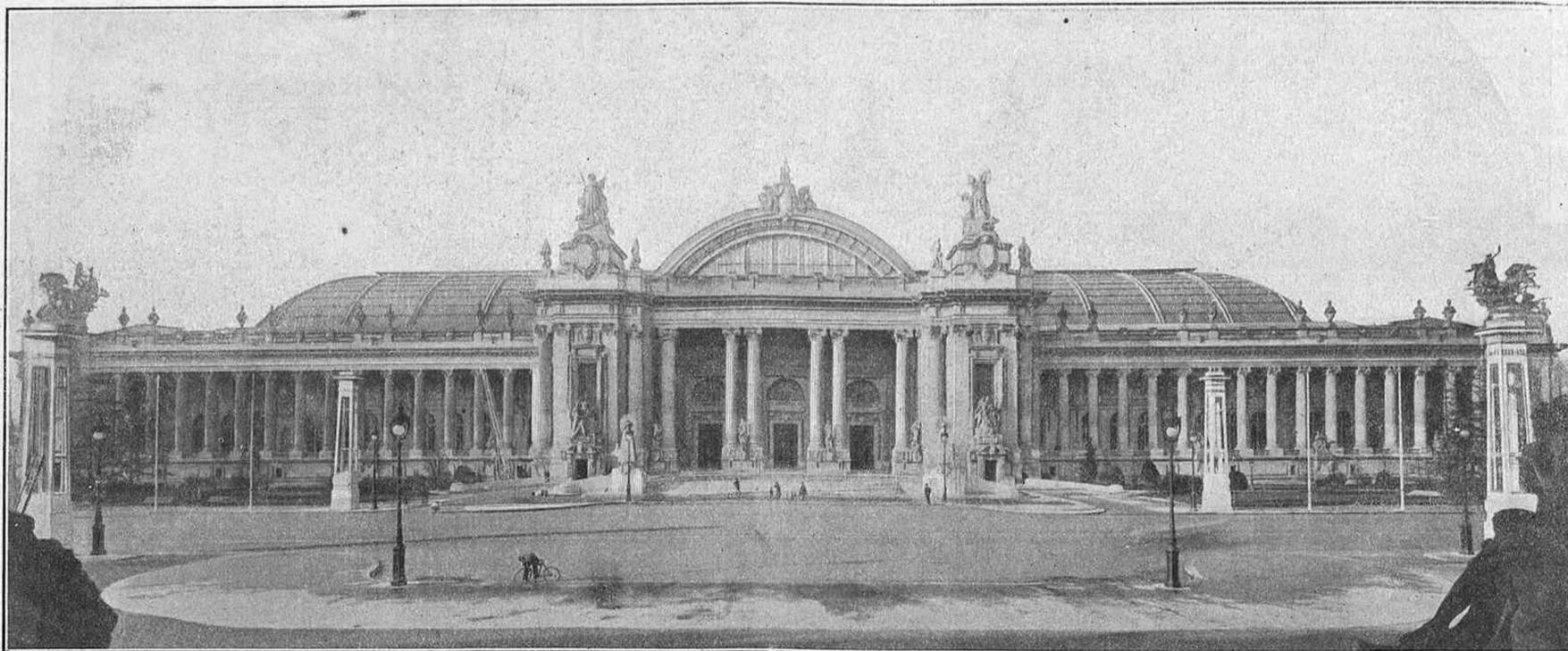
SOBERANO CONTRA
GATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



PARÍS. — FACHADA PRINCIPAL DEL GRAN PALACIO DE LA EXPOSICIÓN AUTOMOVILISTA DE 1906

El gran palacio en donde se celebra la novena Exposición del Automóvil, del Ciclo y de los Deportes, en París, tiene su fachada principal, reproducida en el adjunto grabado, en la Avenida de Nicolás II, y la posterior en la Avenida de Antin. Inaugurada solemnemente la Exposición el día 7 del corriente, se cerrará el día 24 con un banquete, presidiendo dichos actos M. Gastón Doumergue, ministro del Comercio y de la Industria, á invitación de M. Gustavo Rives, presidente del Comité de la Exposición, que ha sido organizada por el Automóvil Club de Francia, de que es presidente el barón de Zuylen, con la cooperación de la Cámara Sindical del Automóvil, presidida por el marqués de Dión; de la Cámara Sindical del Ciclo y del

Automóvil, por M. Darracq, y del Sindicato de Constructores de Ciclos, por M. Poirier. Precederán al mencionado banquete de clausura uno de la Sociedad de Previsión de los Empleados y Obreros de las industrias automovilista y ciclista, que tendrá lugar el día 17, y otro de la Cámara Sindical del Ciclo y del Automóvil, el día 22. Con el fin de estimular á los constructores á idear nuevas formas para los vehículos automóviles, la Comisión ejecutiva ha abierto un concurso de elegancia entre los vehículos que figuran en la Exposición, consistiendo las recompensas en una medalla de oro, otra de plata sobredorada, dos de plata y tres de bronce, número que podrá sufrir alteración en más ó en menos según el fallo del Jurado.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARÍS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PECHO IDEAL
Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las **Píldoras Orientales**, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATÍE, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

EXIGIR SIEMPRE SE RUEGA
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

Data de 1849
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDÈS
B-St-Denis, 16

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**
EXIGIR LA SIGNATURE

al IODURO de **HIERRO**
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES
Depósito: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, Paris.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN